TODOS ÍBAMOS A SER BURROS

una novela de JOE BLACK

LA HISTORIA RECIENTE DE LA CARRERA PRESIDENCIAL EN CHILE

EDICIONES
EL LIBERO

TODOS ÍBAMOS A SER BURROS

una novela de JOE BLACK

LA HISTORIA RECIENTE DE
LA CARRERA PRESIDENCIAL
EN CHILE

EDICIONES
EL LIBERO

NOVELA DISTÓPICA

Todos íbamos a ser burros

La historia reciente de la carrera presidencial en Chile

JOE BLACK



De la presente edición

El Líbero

1ª edición en español en El Líbero

EDICIONES

EL LIBERO

Dirección de Publicaciones

Av. El Bosque Central 77 oficina 4

Las Condes, Santiago Chile

Teléfono (56-2) 29066113

www.ellibero.cl

ISBN edición impresa: 978-956-9981-22-7

ISBN edución digital: 978-956-9981-24-1

Diseño & diagramación: Huemul Estudio / www.huemulestudio.cl

Ilustraciones: Negra Del Campo

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

NOVELA DISTÓPICA

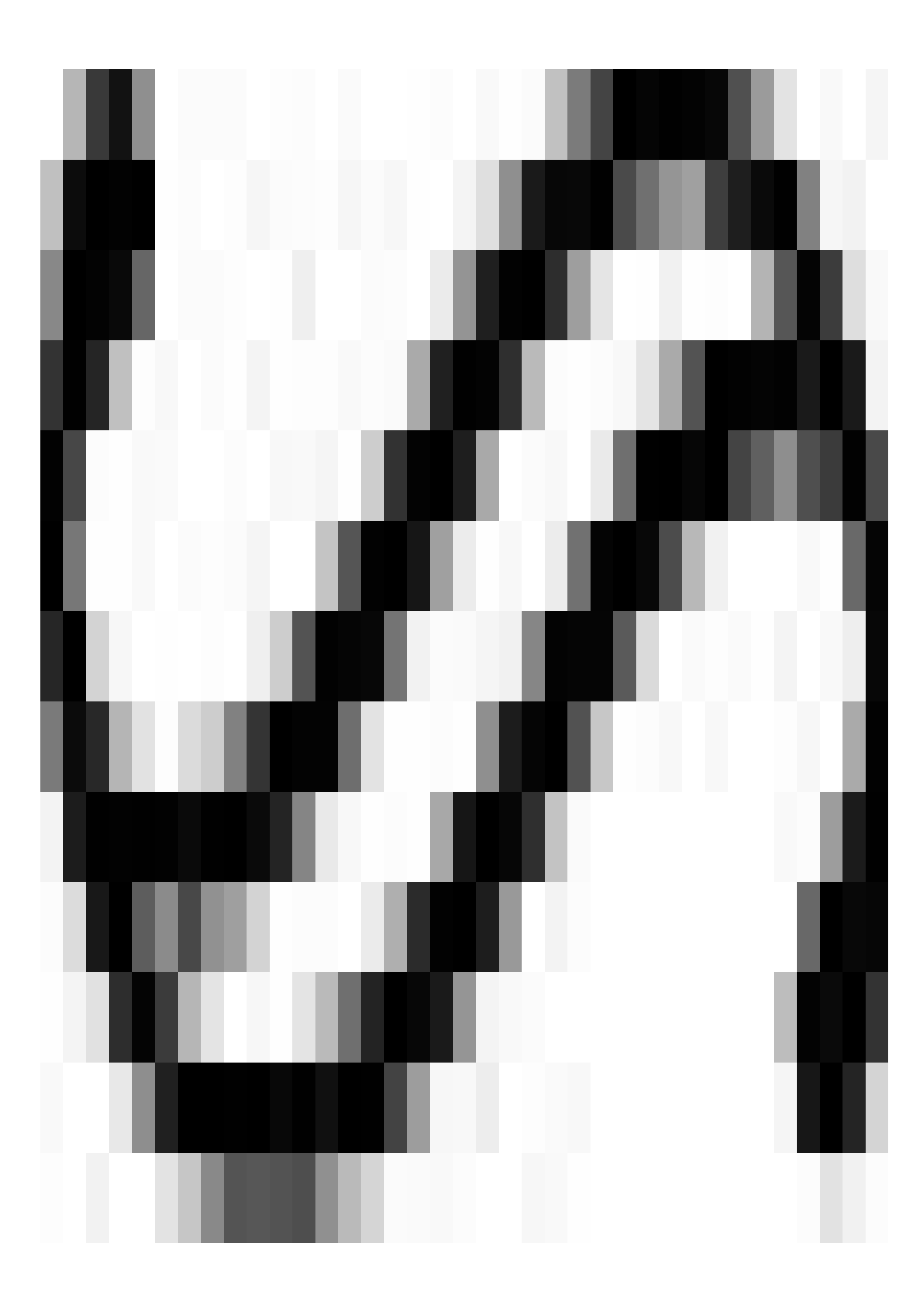
Todos íbamos a ser burros

La historia reciente de la carrera presidencial en Chile

JOE BLACK



Índice



Precuela

18 de octubre de 2019

Unos ojos azules en la National Geographic

Un suicida en la oficina de Allende

La rebelión “cejota”

La vergüenza es más fuerte que el pudor

Introducción

Capítulo 1. La ira

Sebastián Sichel, Evelyn Matthei, Andrés Velasco, Hernán Büchi

Keep Calm and Be President

Capítulo 2. La gula

Gabriel Boric, José Miguel Insulza, Joaquín Lavín, Pablo Longueira, Andrés Allamand

El Boris

Otros candidatos depredadores

Capítulo 3. La soberbia

Ricardo Lagos, Manuel José Ossandón, Pamela Jiles, Eduardo Artés

El Estado soy yo

Capítulo 4. La lujuria

Michelle Bachelet, José Antonio Kast

Capítulo 5. La pereza

Alejandro Guillier, Beatriz Sánchez, Yasna Provoste, Eduardo Frei Ruiz Tagle, Arturo Frei Bolívar

Capítulo 6. La envidia

Sebastián Piñera, José Piñera, Ximena Rincón, Carolina Goic, Marcel Claude, Alfredo Sfeir, Tomás Hirsch, Sara Larraín

Capítulo 7. La avaricia

Marco Enríquez-Ominami, Franco Parisi, Diego Ancalao, Alejandro Navarro, Francisco Javier Errázuriz

Capítulo 8. Todos íbamos a ser burros

Epílogo. El desenlace de la elección presidencial de 2021

Conan es mi candidato

Anexo

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de poder.

Ellos nos darán nuestro pan de cada día.

Periodista anónimo

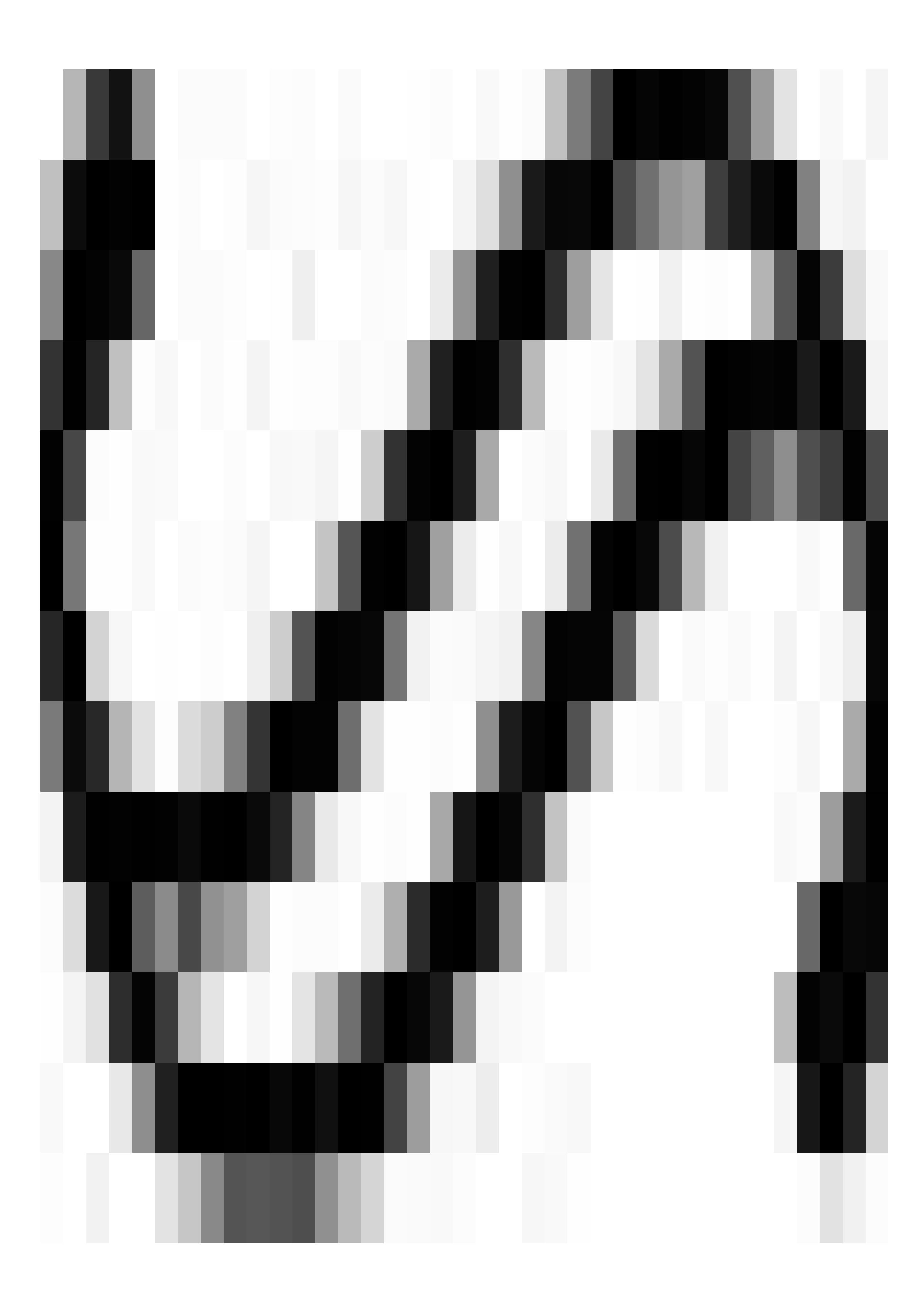
Advertencia

La presente es una obra de ficción. Todos, todos, los personajes mencionados en el texto son ficticios y su parecido o coincidencia con la realidad es meramente accidental. Ni los hechos descritos ni las fechas citadas son ciertos y su semejanza con acontecimientos de la vida real probablemente se deba a alguna extraña coincidencia.

Como sea, la novela también está pensada como un libro de autoayuda para cualquier persona que aspire a ser candidato a algo.

El texto también pretende ser un homenaje a quienes han sido para mí maestros del humor político en Chile y el mundo. Por eso encontrarán citas, referencias y menciones a la persona o la obra de personajes como Pepo, Quino, Rafael Gumucio, Meruanista, Daniel Matamala, Rodrigo López (McCarner), La Hechizada, Clint Joselito, Kramer, Carlos Larraín, Eugenio Lira y Anónimo.

PRECUELA



18 de octubre de 2019 en La Moneda

Unos ojos azules en la National Geographic

Steve McCurry, el fotógrafo freelance que se hizo famoso en todo el mundo cuando en 1984 fotografió a la “niña afgana” de ojos verdes que apareció en la portada más recordada en la historia de National Geographic, sabía que la pandemia de Covid-19 podría ser una gran oportunidad para él. En abril de 2020 había cumplido 70 años y sintió que aún estaba a tiempo de volver a sorprender al planeta con una imagen capturada por su cámara. Eso le garantizaría la inmortalidad.

Tal como su greatest hit de los 80 había surgido de un lugar recóndito -un campo de refugiados afganos en Peshawar, Pakistán-, suponía que ahora debía intentar algo similar. ¿En qué lugar del mundo el coronavirus atacaba de manera más dramática? Sus indagaciones le permitieron comprender que la enfermedad Covid-19 se cebaba especialmente con los ancianos. ¿En qué lugar del planeta el virus estaba matando con mayor crueldad a personas mayores?

McCurry cruzó dos estadísticas que supuso le indicarían un destino en el mapa: alta tasa de contagio y mortalidad, con proporción sobredimensionada de ancianos en la población. Así fue como después de hacer correr un software de big data llegó al lugar perfecto: la ciudad de Putaendo en la región de Valparaíso en Chile.

Eso exhibían los datos. ¿Pero diría lo mismo la información cualitativa del lugar? Recordó que había conocido a un periodista chileno de El Mercurio en un seminario periodístico a mediados de los ‘90 en Nueva York. No le costó trabajo encontrarlo en Twitter, le escribió y le hizo una pregunta simple:

– “Quiero viajar a Chile a fotografiar la guerra entre el Covid y los ancianos de Putaendo. ¿Crees que es una buena idea?”

– “Obvio”, le respondió el reportero, aún vigente en la escena periodística local, a través de un largo mail. “Hace años hice un reportaje sobre Putaendo, parece una ciudad sacada de un libro de García Márquez o de la serie ‘Stranger Things’. En dos días me pareció no ver a ninguna persona menor de 60 años. En la plaza de armas se paseaban personas que te hablaban de acontecimientos inverosímiles, mujeres que decían ser la madre de Luis Miguel o gente que te invitaba a ver cómo en la punta de un cerro se veían sacrificios humanos de una tribu pehuenche que huyó hacia el norte tras ser expulsada de la zona de Santa Bárbara, a raíz de sus discutibles prácticas rituales. Subí a ver si eso era cierto y no vi nada, salvo un enorme edificio en forma de suástica instalado en la base del valle: era el hospital siquiátrico, que albergaba a más de mil internos en régimen cerrado y semicerrado. Supe que hoy está habilitado como un centro de urgencia Covid-19”.

McCurry terminó de leer el mail y decidió que Putaendo sería su nuevo Peshawar. Para llegar a Chile lo antes posible llamó a un antiguo editor que en la actualidad trabajaba en asuntos corporativos de la farmacéutica Pfizer. El fotógrafo se sumó al siguiente viaje a Chile de ejecutivos y expertos de la compañía para supervisar la entrega de donación de vacunas ordenada por la ONU a los países más devastados por la peste, y aterrizó en el Grupo 10 de la Fuerza Aérea de Chile la mañana del 19 de octubre de 2020.

– “¿Dónde se dirige en Chile?”, le preguntó la funcionaria de Extranjería, repartición que había sido rebautizada hacía algunas semanas como Dirección de Bienvenida. Sólo se le veían los ojos, a lo lejos, tras atravesar la ventanilla, la máscara facial y los anteojos de seguridad como los que usan los operadores de motosierras.

El fotógrafo no entendió bien la pregunta debido a su miserable español y comenzó a repasar en su mente cada una de las palabras que le había dicho la mujer. Ese proceso le estaba tomando unos segundos, pero fue interrumpido por la empleada de Bienvenida.

– “No se preocupe, señor, no vaya a pensar que estoy poniéndole trabas a su ingreso al país, sólo le pregunto dónde se dirige por fines estadísticos. Desde la fundación de La Nueva Matria el acceso libre de cualquier extranjere a los territorios está garantizado. Puede usted quedarse el tiempo que quiera y permítame entregarle los formularios para que postule desde ya al programa Vivienda Digna Propia Solidaria y al beneficio SUDACA, que le garantiza un Sueldo Digno Accesible y Amplio a todas las personas que ingresen a los territorios, especialmente si provienen de pueblos hermanos como Venezuela o Bolivia”, agregó a toda velocidad, como si rapeara, la funcionaria.

McCurry quedó aún más confundido. Sólo entendió las palabras Venezuela y Bolivia, y eso lo puso muy nervioso, porque temió una confusión que lo metería en problemas. Pensó en simplificar las cosas y sólo explicarle a la señorita su destino final.

– “¡PUTAENDO!”, dijo el gringo, levantando su dedo índice y moviéndolo como si tratara de decir “desde aquí hacia allá”.

Pero lamentablemente no fue así como se entendió en el recinto. Testigos aseguran que Steve McCurry dijo “¡PUTA-YENDO!” y que su gesto sólo pudo significar algo así como “mándate a cambiar”.

Tras la inmediata denuncia de la funcionaria de la Dirección de Bienvenida, en pocos minutos se presentó en el lugar la fuerza pública, que constituyó el Tribunal Popular Paritario (TPP) previsto para estos casos según los nuevos decretos emitidos por el Gobierno Provisional del Pueblo, encabezado por el gobernante Rodrigo Rojas Vade.

A McCurry se le asignó una Defensora Popular, quien basó la defensa del fotógrafo en su avanzada edad y en que su formación moral había ocurrido en Filadelfia, estado de Pensilvania, lugar donde no había tenido acceso a una educación adecuada. De algún modo, el estadounidense era una víctima del sistema imperante en el Antiguo Orden y si bien merecía un castigo ejemplarizador, el Tribunal debía tener en cuenta dichos atenuantes.

La acusación contra el célebre fotógrafo no era menor: se le indagaba por el delito de Revictimización Patriarcal en grado medio.

El juicio tuvo un procedimiento express en el mismo aeropuerto, ya que la nueva normativa vigente prohibía someter a cualquier inmigrante a más de cuatro horas de retención. Así, la sentencia llegó rápido: McCurry fue condenado a un sesión intensiva de Reeducación en Teoría de Género y Derechos Sexuales. El curso sería aplicado por el grupo Antítesis, dependiente del nuevo Ministerio de Reculturización.

Esa noche Steve fue trasladado en el triciclo de la Dirección de Bienvenida a una carpa sanitaria, donde podría comer y dormir. Al día siguiente, a primera hora, 10:00 am en punto debería asistir al curso. Fue una buena experiencia para él la condena. Si bien no entendía lo que las muchachas de Antítesis decían, le encantó el baile y las caras que ponían. Preguntó si era posible sacar fotografías de la performance y su solicitud fue aceptada por el Ministerio de Reculturización, pero sólo a condición que las imágenes se publicasen acompañadas de los textos que serían provistos por el Ministerio de Supervisión de Medios de Comunicación Masiva.

McCurry incorporó fluidamente los conceptos inculcados por Antítesis, según estimaron ellas, dado el entusiasmo que mostró el condenado en los contenidos que ellas le entregaron. No había duda, el programa había tenido el efecto reformatorio buscado y Steve ya estaba listo para reinsertarse en la sociedad como un individuo útil en materia de Teoría de Género y Derechos Sexuales. Las funcionarias, funcionarios y funcionaries de los ministerios de Culturización y de Supervisión de Medios de Comunicación Masiva celebraron el éxito del programa posando con McCurry para selfies que fueron publicadas luego en las cuentas de Twitter de Antítesis y de la Subsecretaría de Redes Sociales del Ministerio de Medios de Comunicación Masiva.

A tanto llegó la buena onda que se generó entre todos que el gobierno de Rojas Vade ofreció trasladar al fotógrafo norteamericano a Putaendo, su destino final. Sin embargo, McCurry no entendió muy bien en qué consistía la oferta y temió que las cosas pudiesen tomar un rumbo distinto a su plan inicial y prefirió abordar un bus de la empresa Buses Ahumada, en el Terminal Los Héroes, muy cerca del Palacio de La Moneda, para llegar a su destino. Por error compró pasajes hasta la localidad de Calle Larga, desde donde le explicaron que aún debía viajar otros 40 minutos para llegar a Putaendo. Le explicaron que podía

hacer el viaje en un “colectivo”, que era una especie de taxi convencional pero que tenía una modalidad distinta, que debía reunir a varios pasajeros antes de iniciar el trayecto. “El colectivo es como una visita a un almuerzo dominical en tu casa: se llena y se va, ja, ja, ja, ja”, le comentó el encargado de la garita del terminal de colectivos de Calle Larga. McCurry se rió con ganas, no porque hubiese entendido el chiste, sino por las contagiosas carcajadas que lanzaban todos los presentes a través de las mascarillas anti Covid.

El chofer del colectivo repartió a todos los pasajeros y dejó al gringo para el final, porque este había informado que quería llegar hasta el hospital siquiátrico de Putaendo.

– “Allá”, indicó el conductor, mostrando un edificio a unos 200 metros de distancia y abrió la puerta del acompañante pasando por encima del cuerpo del fotógrafo.

– “Can you move closer to the entrance?”, preguntó McCurry.

– “Hasta aquí no más llegamos”, dijo el chofer, intuyendo que el pasajero quería acercarse más al centro asistencial. “Es peligroso acercarse más a ese lugar. Si no te agarra el coronavirus te pesca un interno y ahí nunca se sabe. Es suicida entrar. No conozco a nadie que haya entrado y haya vuelto a salir”, dijo el chofer.

McCurry no entendía ni una palabra, pero la comunicación no verbal era inconfundible: debía bajarse y caminar.

– “Hasta la vista”, le dijo al colectivero de Calle Larga, haciendo alarde de las tres palabras que mejor se sabía en castellano.

Le tomó unos siete minutos caminar hasta el viejo portón de fierro del hospital, que estaba abierto. No tenía chapa, ni cadena ni candado. Caminó hacia el edificio, cuya puerta principal también estaba abierta de par en par. Nadie controlaba la entrada, no había ni alcohol gel ni un aparato para controlar la temperatura de las personas que ingresaban. Comenzó a caminar por los pasillos. Eran altos, oscuros y fríos. Después de pasar por puertas con letreros que decían "Farmacia", "Rayos", "Pañol" y "Cobranza", comenzaron a aparecer las habitaciones de los pacientes. Miró hacia el interior y sólo vio camas ocupadas con personas que parecían moribundas. Por deformación profesional lo que le llamó la atención fue el contraste de las pieles oscuras contra las sábanas blancas. También le intrigó que los dos ventiladores mecánicos que tenía cada habitación estaban conectados a ocho pacientes. Le maravilló la ocurrencia de poder duplicar la capacidad de esas máquinas, que se habían convertido en el bien más escaso en los países en desarrollo.

Siguió caminando por el pasillo hasta que se encontró con un muro y continuó su marcha hacia la izquierda, donde se abría otro corredor más lúgubre aún que el anterior. En las habitaciones había las mismas ocho camas que las otras salas, pero aquí no había ventiladores mecánicos. Estaba pensando en eso, mientras observaba compungido a través del vidrio de la entrada, cuando dos hermosos ojos azules se pusieron frente a los suyos, al otro lado de la puerta.

McCurry sintió un escalofrío, soltó un grito breve ("Shitman!") y dio un paso hacia atrás.

La puerta se abrió y salió a enfrentarlo la mujer (ahora Steve se daba cuenta de que era una mujer, extremadamente atractiva por lo demás, y un poco más joven que él probablemente), que vestía con uniforme de trabajadora sanitaria.

La señora de ojos azules se llevó el dedo índice a la boca, haciendo el universal gesto de "silencio". Luego apuntó hacia el final del pasillo e hizo otro gesto universal con la palma de la mano abierta como si empujara el aire hacia adelante: "Sígueme".

– "We call that hallway 'death row'", le dijo ella a Steve en perfecto inglés cuando se dio cuenta de que el fotógrafo no hablaba una gota de español. "Aquí

trasladamos a los que son irrecuperables, para así asignarles su ventilador a aquellos que aún tienen esperanza de sobrevivir. Fallecen entre dos y tres personas diarias aquí en la ‘death row’”.

– “¿Eres médico, enfermera, cuánto tiempo llevas aquí, a qué te dedicas?”, le preguntó Steve, disperso, como capturado por un súbito ataque de ansiedad.

– “No, soy economista. Pero aquí cumplo el rol de ‘acompañante’, como le dicen a mi labor. Cuando llegué, casi por instinto me fui a la ‘death row’ a observar a las personas que estaban por irse de este mundo. Un señor, don Severino, me dijo que mi mirada lo calmaba y me preguntó si podía fijar su mirada en la mía hasta que se quedara dormido. Yo le dije que sí, por supuesto, y así partió mi oficio de ‘acompañante’. Me siento al lado de su cama, los miro, me miran y de a poco van cerrando los ojos”.

– “Tienes unos hermosos ojos azules”, dijo McCurry, algo conmocionado. “¿Tú me dejarías fotografiarlos? No me has preguntado, pero yo soy fotógrafo. Me dedico a recorrer el mundo buscando historias impactantes que puedan contarse a través de imágenes”.

– “Hace tiempo que no me toman una foto”, dijo la mujer escondiendo la mirada. “¿Piensas publicarla en algún medio, en el New Yorker, en National Geographic?”, agregó.

– “Qué pregunta extraña me haces. ¿Por qué te preocupa el lugar donde se publicará la foto? ¿Se enteraría alguien aquí, en Puta-yendo, si aparece en la portada del New Yorker o National Geographic? ¿Dónde aprendiste a hablar tan bien inglés? ¿Qué hace una mujer como tú en un lugar como este?”

– “Soy o era, más bien, supongo, porque no he visto noticias en mucho tiempo, la Presidenta de Chile. Ese día 18 de octubre de 2019, después de que hordas de violentistas quemaran el Metro, el edificio de la empresa eléctrica Enel y saquearan farmacias y supermercados en todo Santiago, la rebelión se dirigió hacia el Palacio de La Moneda. Mis asesores me habían recomendado decretar Estado de Excepción Constitucional y sacar a la calle a las Fuerzas Armadas para hacerse cargo del orden público y evitar que la revuelta se extendiese por todo el país y se instalara un caos generalizado. Pero yo no estuve de acuerdo. Mi padre fue parte del régimen militar que gobernó Chile hasta el 11 de marzo de 1990, ¿sabes?, y pese a eso yo logré ganar democráticamente una elección presidencial en este país. ¿Por qué? Porque con mucho esfuerzo logré trazar una línea divisoria entre la dictadura militar y mi propio proyecto político. ‘Una línea roja’, ironizaban mis detractores de derecha. Pero así fue. Entonces me pareció una mala idea traer de vuelta a los militares a la escena pública cuando yo estuve toda mi carrera política tratando de separarme de ellos. Estaba segura de que sería capaz de resolver este asunto, así como he resuelto muchas situaciones difíciles en mi vida. Cuando los sublevados estaban a las puertas del palacio presidencial mi instinto fue salir a hablar con ellos a la calle: ‘¡A diferencia de muchos políticos, yo sí entiendo lo que que ocurre hoy en el país; no me lo esperaba para este viernes 18, o para este mes de octubre, o para este año 2019, pero sabía que desde hace tiempo se venía incubando mucha rabia en Chile. He visto cómo los políticos se dan sus gustitos, se suben los sueldos, se van a viajar por el mundo y dejan la escoba!’, les grité a través de un megáfono. Pensé que esa muestra de empatía y comprensión los calmaría. Pero fue peor. Comenzaron a lanzar objetos contundentes y hasta una bomba molotov, que me pasó rozando la cabeza. La guardia de Palacio decidió cerrar los portones y sólo quedaron dentro los periodistas que cubren habitualmente la información de La Moneda y que se agrupan en una antigua asociación que se conoce como ‘La Copucha’. ‘Presidenta, ¿fue una buena decisión no declarar Estado de Excepción Constitucional? ¿No cree que su diálogo con los manifestantes fue una provocación que terminó generando aún más ira en la gente? ¿Qué va a hacer ahora, que parece acorralada en este edificio?’. Fíjate, Steve, que no sé por qué comencé a correr, primero de manera relativamente tranquila y luego simplemente me pegué el medio pique, como decimos aquí en Chile cuando uno corre a toda su capacidad. Les saqué varios metros de ventaja a los periodistas y eso me permitió meterme al estacionamiento subterráneo, que me condujo hacia una de las salidas secretas que tiene La Moneda y que permiten salir a la superficie dos cuadras más allá. Una vez en la calle sentí que debía seguir corriendo. Era casi medianoche y la oscuridad me permitía pasar inadvertida

entre mucha otra gente que corría de un lado a otro, en una extraña euforia colectiva que nunca había visto. So, I ran to the end of the road. And when I got there, I thought maybe I'd run to the end of downtown. And when I got there, I thought maybe I'd just run across Santiago City. And I figured, since I ran this far, maybe I'd just run across the great Región Metropolitana. And that's what I did. I ran clear across la Región Metropolitana. For no particular reason I just kept on going. I ran clear to la Región de Valparaíso. And when I got there, I figured, since I'd gone this far, I might as well go to Putaendo. Llevaba varias semanas corriendo. Corría de noche y descansaba de día. Cuando alguien en un camino rural comentó que una terrible pandemia había llegado al país me preocupé mucho, porque pensé que eso impediría conseguir mi objetivo. Pero lo logré. Y tal como me fui a trabajar de voluntaria a un colegio vulnerable después de mi derrota en mi primer intento por ser Presidenta de Chile, ahora quería ofrecerme a colaborar gratuitamente en un hospital vulnerable, y sabía que el siquiátrico de Putaendo era el lugar correcto. Por eso estoy aquí. Esa soy yo".

Steve McCurry no dejó de disparar el obturador de su cámara reflex mientras escuchaba la historia de la mujer, quien nunca se sacó su gorra quirúrgica ni su doble mascarilla, que hacía juego con sus ojos azules. El viejo fotógrafo ya saboreaba la gloria. Esta historia de seguro superaría el éxito que consiguió con su "niña afgana", cuyo nombre vino a conocer sólo 17 años después, cuando una investigación de la propia National Geographic localizó a la ex refugiada y supo que se llamaba Sharbat Gula. Por cábala o timidez, no quiso saber cuál era el nombre de su atractiva enfermera. Ya alguien se ocuparía de eso algún día. Por ahora, lo importante era volver a Santiago para despachar las fotos y la historia a su editor. Junto con un texto, una serie de imágenes que le parecieron insuperables, se permitió sugerir un título para la portada, que mostraría los ojos azules de la mujer de mascarilla azul que habitaba los pasillos de un hospital siquiátrico en Putaendo y que juraba ser la Presidenta de la República: "Out of the blue: the magical realism of Covid in Chile". La edición en español de ese número de la revista fue: "Azul profundo: un país extraviado por el Covid y la revolución".

***

Un año después y tras el nuevo éxito de su portada, el fotógrafo McCurry trató de ubicar a su fugaz “modelo”. ¿Qué había sido de ella, era ubicable? Volvió a contactar al periodista de El Mercurio. “No news, good news?”, le escribió por WhatsApp. “Bad news”, le respondió de vuelta el reportero chileno. Una turba había entrado pocos días después de que se publicó la revista al Hospital Siquiátrico de Putaendo. “La capturaron y en la plaza de la ciudad simularon un juicio popular. Fue condenada a muerte”, le relató el periodista a McCurry. “¡Eso es terrible!”, respondió conmocionado el gringo. “Pobrecita”, agregó. “Y, by the way, ¿cuál era su nombre?”, inquirió Steve. “Evelyn”, respondió el chileno.

Un suicida en la oficina de Allende

El gobernante se cruzó la banda presidencial sobre el pecho y salió corriendo por la Galería de los Presidentes. Pasó frente a Ramón Freire, Manuel Bulnes, Domingo Santa María, Arturo Alessandri y Gabriel González Videla (al menos a esos reconoció) y se detuvo frente al busto de José Manuel Balmaceda, sin saber muy bien por qué. Sintió un escalofrío por el cuerpo y para sacudírselo caminó unos pasos hasta pararse frente a la figura de bronce de Salvador Allende Gossens.

El Mandatario nunca aprendió a rezar, pero había visto cómo conocidos suyos lo hacían. Y por primera vez en su vida improvisó una plegaria. No había nadie cerca y habría dado lo mismo, porque el rezo ocurrió mentalmente y fue breve: los asaltantes ya habían capturado el primer piso del palacio y era cuestión de minutos para que superaran la débil resistencia que desplegaba el GAM, como denominó a su guardia privada personal, y llegaran a la segunda planta de La Moneda, donde estaba él.

Volvió a correr por el pasillo. Calculó que llegar a su destino le tomaría no más de un par de minutos, pese a que debía llegar prácticamente al ala opuesta de la sede de gobierno. Su despacho estaba en el sector poniente y el Salón Blanco, donde se dirigía, estaba en el extremo oriente.

Pensó que durante el trayecto se le tendría que ocurrir la mejor forma de hacer lo que había decidido hacer: morir en La Moneda. Así es, igual que el Presidente Allende.

Su rápida y bien equipada mente (que me la imagino como el casco de Ironman) le proveyó dos opciones: caer combatiendo o autoeliminarse. Es que el estado de situación era irrecuperable: las hordas habían tomado el control del centro cívico, los comandantes en jefe de las FF.AA. se habían rendido y esperaban su suerte en el calabozo de la Primera Comisaría de Carabineros de calle Santo Domingo y desde la ventana de su despacho había visto la trágica muerte de los tres integrantes de su equipo político.

En efecto, su ministro del Interior, su ministro secretario general de la Presidencia y su ministro secretario general de Gobierno habían sido sometidos en la mañana a un juicio express por Traición a la Matria y sometidos a la máxima pena: suplicio de empalamiento.

Si sus ministros habían recibido ese trato, imaginó qué le depararía a él si caía en manos de los subversivos. Al Presidente le inquietó la posibilidad de perder la vida, pero mucho más grave estimó que sería ser despojado de su estilo. Ser ejecutado en la pica, como Caupolicán, era éticamente reprochable, pero lo más importante es que era estéticamente inaceptable.

Esos pensamientos lo hicieron correr más rápido hacia su destino.

El Salón Blanco, donde estaba la oficina de Salvador Allende el 11 de septiembre de 1973, fue reconstruido y reinaugurado por la ex Presidenta Bachelet el 11 de septiembre de 2008. El jefe de Estado había estado en ese lugar muchas veces. Le encantaba el piso de madera, el cortinaje de terciopelo rojo; pero lo que lo conmovía era el cuadro de Allende, donado por Aldo Bahamondes, en que aparecía envuelto en uno de sus tradicionales abrigos.

Mientras corría, notó que el sudor comenzaba a asomar desde sus poros. No estaba seguro si el líquido brotaba frío o tibio y por eso le costaba distinguir si lo que sentía en ese momento era terror o mera urgencia. Al final del pasillo llegó a la escalera. Al girar en uno de los descansos sintió que su pantalón se le rajaba en la entrepierna.

– “¡Qué mierda!”, gritó, y le sorprendió escuchar su voz en un tono más desaforado de lo que hubiese querido. Metió la mano en el agujero de su pantalón y le pareció sentir una humedad que lo desconcertó aún más. Ya no sabía si era sudor o qué diablos.

Ahora sólo pensaba en llegar rápido al Salón Blanco o, más precisamente, a la oficina contigua al antiguo despacho de Allende, donde estaba el famoso sillón modelo “Dagoberto” donde el ex gobernante socialista se disparó con el arma regalada por Fidel Castro.

Sabía que antes de que finalizara ese funesto 18 de octubre estaría muerto. Le agradaba la idea de que su cadáver fuese hallado en el mismo sillón donde encontraron a Allende, y ojalá en la misma posición. Imaginó un documental de la Deutsche Welle relatando su último día en La Moneda:

"Es el remake posmoderno de la epopeya de Allende. El Presidente, pese a combatir durante horas, fue fulminado debido a la inmensa superioridad numérica de sus adversarios. Por esas cosas increíbles del destino, su cuerpo estaba inclinado en el sillón presidencial en la misma posición que encontraron al Mandatario derrocado el 11 de septiembre de 1973. Quizás la única diferencia entre ambos es que el Presidente acribillado el 18 de octubre de 2019, recibió un privilegio que rara vez concede la muerte: mantener intacto su impresionante atractivo físico".

Ese era el libreto perfecto de la locución de la periodista a cargo de la realización audiovisual del reportaje. Y así debía ser citado posteriormente en Wikipedia. Buscó su teléfono entre los bolsillos para enviarle un mensaje de audio con esta idea brillante a su primo-hermano Rafael Gumucio, quien tendría que encargarse de la producción general de su legado en todas las plataformas. Sería importante también agregar ahí una alusión a su padre biológico, Miguel Enríquez, fundador del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) que murió combatiendo contra las fuerzas del régimen militar un año después del golpe de estado de 1973.

El guion se volvía cada vez más espectacular. Era obvio que la adrenalina funcionaba como combustible creativo en su cerebro. Estaba fascinado con la idea de pasar a la historia como la versión corregida y mejorada de Salvador Allende y Miguel Enríquez: eso lo convertía a él en el Santo Grial de la izquierda mundial, el descendiente más noble y heroico del socialismo. Esa noche se convertiría en el nuevo santo y patrono del postmarxismo.

Pero había un problema serio. Pocos meses después de llegar a La Moneda había decretado convertir el palacio presidencial en un "Edificio Ecopacifista", con lo que se instaló en la vanguardia a nivel internacional de las sedes de gobierno. En La Moneda sólo se consumían alimentos orgánicos y sin huella de carbono, la

energía debía provenir de fuentes no contaminantes y no se permitiría ningún tipo de arma en su interior. Carabineros y la PDI fueron erradicados del palacio, así como los edecanes militares. Así fue como la seguridad del Mandatario y de las otras autoridades del recinto quedó a cargo del GAM, cuyos efectivos sólo podían utilizar la fuerza de sus argumentos y, en casos extremos, la de sus puños para disuadir o contener a eventuales atacantes.

El Presidente podía ver con claridad que esa política pública, tan popular en su momento, que le consiguió ser trending topic mundial en Twitter y romper la barrera de los 5 millones de seguidores en TikTok, había facilitado el asalto al palacio de La Moneda ese día. Lo peor es que el decreto también conspiraba ahora con su espléndido plan de pasar a la historia como combatiente-víctima-héroe-mártir.

Cuando entró a la sala lateral del Salón Blanco encendió la luz y vio el sillón “Dagoberto” donde iba a morir en un rato más. Recorrió el lugar con la vista para encontrar algún objeto que le sirviese para combatir a los invasores cuando cruzaran el umbral de la puerta. En la esquina había un macetero que podría funcionar como arma arrojadiza. Fue a tomarlo pero no se lo pudo. La fuerza física no era su fuerte, valga la redundancia. Sintió los gritos de la muchedumbre enrabiada que se acercaba ya por el pasillo. Pensó en la picota, en Caupolicán y en sus ministros, y en su mente editó el guion del documental. Eliminó la parte del combate y se fue directo a pensar en cómo llevar a cabo el suicidio, que tampoco iba a ser fácil.

Como tenía el teléfono en la mano, buscó ideas en Google. Le aparecieron cientos de páginas y tutoriales en YouTube. Descartó un video titulado “Dumb Ways to Die”, y también sus secuelas “Dumb Ways to Die Online”, “Dumb Ways to Die Unblocked” y “Dumb Ways to Die In Real Life”. Se abrumó y recordó que no era bueno para el inglés. Se fue entonces a un artículo que mencionaba “5 tips para quitarse la vida en casa de manera rápida e indolora”. De esa lista corta descartó de inmediato 3 por estimarlas muy sangrientas. Su deceso debía ser estiloso y chic, nada de cochinadas.

Así las cosas, le quedaban dos opciones: colgarse o tomarse un montón de pastillas.

Buscó una viga, un colgador o la barra de las cortinas para desde ahí dejarse caer con el cogote amarrado. No estaba fácil la logística, porque lo único

verdaderamente viable era el fierro del cortinaje de terciopelo rojo, pero ¿cómo lograría de ese modo quedar puesto en el sillón "Dagoberto"? Que lo encontrasen meciéndose finado al lado de una ventana le pareció vulgar, ordinario, demasiado típico. Esa posibilidad estropeaba completamente el magnífico guion audiovisual de la película que soñaba.

"No hay mejor disyuntiva que aquella en que en verdad no hay alternativa", pensó. Le gustó la frase, no recordaba haberla escuchado antes y por tanto se la adjudicó. "Voy a decirle a Rafa que la ponga en el libreto del documental", pensó mientras abría el frasco de las pastillas con las que trataba de administrar su ansiedad. Tomaba una diaria y en general funcionaba muy bien. Había abierto el envase hace tres días y por tanto debían quedar 27 en el interior. "Será más que suficiente", especuló.

El ruido estruendoso que hizo la puerta del Salón Blanco ante el golpe que recibió desde el exterior lo alarmó. Seguramente la habían embestido con una de las bancas del pasillo. No soportaría mucho. Había visto caer más temprano los portales de los otros salones en menos de cinco minutos. Ya no le quedaba tiempo.

Se echó todas las pastillas a la boca y las comenzó a mascar frenéticamente. Cuando ya las había tragado sintió el segundo golpe contra la puerta del salón del lado. Entendió que se había declarado una carrera contra el tiempo entre la muerte y los asaltantes del palacio. ¿Quién llegaría a él primero? Imaginó una convención de cheerleaders agitando sus plumeros, alentando a la muerte para que lo diera todo, para que mojara la camiseta, lo dejara todo en la cancha para alcanzar al Presidente de Chile esa noche y llevárselo de ahí y salvarlo de la humillación.

El Mandatario comenzó a sentir un ligero mareo y un peso enorme en los ojos. "Ya viene", pensó aliviado. Entonces fue hacia el sillón "Dagoberto", se acomodó en la posición que recuerda estaba Allende al momento de su muerte y se puso a esperar con placidez.

Pero el tercer empellón contra la puerta del Salón Blanco logró su objetivo y la muchedumbre logró ingresar al lugar. Sus verdugos estaban a pocos metros. Si lograban echar abajo la última puerta lograrían ponerle las manos encima. Tomó la caja del medicamento, sacó el vademecum, ese papel con instrucciones y advertencias que tienen los fármacos, y se puso a leer bajo el subtítulo

“Sobredosis” para ver si encontraba algo sobre el tiempo que demoraría la muerte en llevárselo de ahí antes de que fuese demasiado tarde. Lo tranquilizó que dijese que tomar más de 5 píldoras en un día podía tener consecuencias fatales (él había tomado de seguro más de 20) y que si eso ocurría había que concurrir antes de 30 minutos a un centro asistencial. Los ojos le pesaban cada vez más y un intenso dolor intestinal comenzó a torturarlo. Siguió leyendo: “Los primeros síntomas de sobredosis consistirán en mareos, somnolencia, dolor intestinal agudo, lo que dejará paso al violento vaciamiento por vía anal de todo el contenido del aparato digestivo; la vejiga también se evacuará por completo”.

El Presidente entró en pánico. No tanto por el primer golpe violento a la puerta ubicada a dos o tres pasos de donde estaba, sino por lo que supo que ocurría en los próximos minutos y horas: su cuerpo sin vida sería encontrado en el sillón “Dagoberto”, en la misma posición en que se halló al Presidente Allende, pero esta vez no habría a su lado y en el piso un charco de sangre y restos óseos, sino que un charco de excrementos y orina. Quienes miraran con atención podrían advertir que el pantalón del Mandatario estaba rajado en la entrepierna, delatando la fuerza con la que actuó por última vez el tracto final de su intestino grueso. Al día siguiente el diario LUN se daría un festín con el titular de portada: “ME-O cagó... y me-ó”.

Marco Enríquez-Ominami, el Primer Mandatario, trató de incorporarse para intentar un final distinto para la historia, pero ya era inútil. No le quedaban fuerzas y la puerta comenzaba a desplomarse delante de sus ojos que se terminaban de cerrar.

La rebelión “cejota”

– “Buenas tardes, almirante”.

– “Buenas tardes, mi Presidente”.

– “Quiero pedirle dos cosas. La primera es que como ministro de Defensa convoque inmediatamente a los Comandantes en Jefe de todas las ramas y también a los directores de Carabineros y la PDI. Voy a decretar Estado de Excepción Constitucional, en la modalidad de Estado de Sitio. Lo segundo es que por favor cruce acá a La Moneda a firmar el decreto de Estado de Sitio, que ya fue firmado por Rojo Edwards, en su calidad de ministro del Interior. Tenemos que firmar los tres: usted, Rojo y yo”.

– “Entiendo, mi Presidente, pero me temo que las cosas no van a ser tan fáciles. Yo sabía que usted, al ver la violencia desatada en el país, la quema del Metro y el intento de asalto a La Moneda iba a convocar a las Fuerzas Armadas, y por eso me adelanté y hablé con los ‘cejota’… y hay poco piso”.

– “¿Qué son los ‘cejota’, ministro, y qué es eso de que hay poco piso?”

– “Los ‘cejota’ son los Comandantes en Jefe. Y hay poco piso porque ellos me plantean que sólo están disponibles para actuar bajo el marco de un Estado de Excepción del tipo Estado de Catástrofe, pero no en Estado de Sitio. Y perdóneme, mi Presidente, pero yo tiendo a estar de acuerdo con ellos”.

– “¡Insólito! Usted podrá ser muy ex almirante, pero hoy me debe lealtad y obediencia a mí, no a sus ex colegas”.

– “Uno nunca deja de ser almirante, mi Presidente”.

– “Eso debió decírmelo cuando aceptó que lo nombrara ministro de Defensa”.

– “Se lo dije, mi Presidente. Usted todo el tiempo me llamaba ‘ex almirante’ y yo le corregía, y le decía que no era ‘ex’ sino almirante, aunque no usara uniforme desde hace 20 años”.

– “Pensé que era una alusión nostálgica. Nunca imaginé que eso era un adelanto de su insubordinación”.

– “No me malinterprete, mi Presidente. Aquí no hay insubordinación, es sólo una diferencia de interpretación jurídica. Los abogados que me asesoran a mí y también los asesores de los ‘cejota’ dicen que lo que corresponde, según la ley 18.906, que es Orgánica Constitucional, y regula los Estados de Excepción, es la autorización del Congreso para decretar Estado de Sitio. Con todo cariño y respeto, mi Presidente, ¿por qué no se va por Estado de Catástrofe y listo?”

– “Porque usted bien sabe que no será suficiente. La única manera de apagar este estallido de violencia, delincuencia y vandalismo es aplicando ahora mismo la totalidad de la fuerza de que dispone el Estado. Hay que desplegar toda la fuerza militar, toda la tecnología, para controlar las calles, bloquear internet, y así evitar la coordinación de los que organizan el alzamiento: hacer un apagón digital y

físico. Cortar las grandes alamedas, las carreteras, así como las luces, los teléfonos; silenciar los medios de comunicación, las redes sociales. Todo. Y en 48 horas estaremos en paz y tranquilidad. Podremos pensar con calma. Y recién entonces convocaremos a las fuerzas políticas a La Moneda a conversar todo lo que quieran, pero primero recuperaremos el control del territorio. Además, por si no lo sabía, ministro Arancibia, yo tengo la facultad de decretar, en caso de grave conmoción interior o guerra civil, el Estado de Sitio con el acuerdo del Consejo de Seguridad Nacional. Nunca olvide que soy abogado. ¿Usted no estaría de acuerdo en que estamos en una grave conmoción interior y una cuasi guerra civil?”

– “Por supuesto que sí, mi Presidente. Sin duda estamos en una circunstancia sólo comparable a septiembre de 1973”.

– “Listo, entonces. Sabía que lo haría entrar en razón. Convoque a los ‘cejota’ y adelánteles que deberán entrar en acción de inmediato”.

– “Es que, mi Presidente, la firme es que ya me dijeron que no ‘entrarán en acción’ si se decreta Estado de Sitio a menos que los tres poderes del Estado, el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial, firmen un compromiso de que entienden lo que implica una acción de estas característica y validen un documento de ‘rules of engagement’, que autorice procedimientos como utilización de armamento de guerra y uso de tecnologías de sabotaje informático. Ambos documentos están redactados ya por nuestros asesores. Uno se llama “Autorización Solemne de los Poderes del Estado de Chile a las Fuerzas Armadas y de Orden a actuar por caso de Grave Conmoción Interior con Riesgo de Guerra Civil”. A este documento se le conoce con la sigla ASPERGER. El segundo texto se llama simplemente ‘Rules of Engagement’. Yo ya lo firmé. Faltaría solamente su firma y las de los presidentes del Senado y de la Corte Suprema”.

– “Arancibia, ¿usted se volvió completamente loco? Lo que plantea no es un

chantaje. ¿Sabe lo que es? Es un golpe de Estado por omisión. Me están haciendo lo mismo que le hicieron las Fuerzas Armadas a Evo Morales en Bolivia. Lo derrocaron sin disparar ni una bala. Más bien, lo derrocaron porque no quisieron disparar ni una bala".

– "¡No, Presidente! Usted lo está entendiendo todo al revés. Lo que no quieren las FF.AA. es volver a dar un golpe. No quieren ayudarlo a dar un autogolpe, tampoco quieren darle un golpe a usted, ni por acción ni por omisión. No quieren volver a pasar de nuevo por lo que atravesaron en 1973. ¿Sabía usted que el 65% de los actuales altos mandos de las Fuerzas Armadas y de Orden tienen a un familiar enfrentando la justicia por algún hecho vinculado con el 11 de septiembre de 1973? ¿Sabe cuántos de ellos tienen que llevar a sus hijos a Punta Peuco, la cárcel para militares, a saludar a sus abuelos para el cumpleaños? Hemos hecho un buen esfuerzo por educar bien a nuestros oficiales. Son gente culta, que lee. Sabe de historia. Y por eso no están disponibles para ser ellos los protagonistas de un nuevo quiebre institucional".

– "No fue tan buena la educación que les dieron, ministro. Les faltó enseñarles derecho constitucional y educación cívica. Lo que les estoy ordenando no es volver a interrumpir la democracia sino evitar que se quiebre de nuevo, pero ahora por las fuerzas de la extrema izquierda. El golpe de Estado está en marcha, y si las Fuerzas Armadas no defienden a este gobierno legítimo, electo democráticamente hace menos de dos años, las fuerzas subversivas asaltarán este palacio, se harán del poder, e instalarán un régimen de facto que no entregarán más. Chile será una nueva Cuba, una nueva Venezuela. ¿Las Fuerzas Armadas permitirán eso? No puedo creerlo".

– "La información que manejan las direcciones de Inteligencia de las tres ramas indican que el alzamiento en marcha es más un estallido social que un movimiento revolucionario".

– "¿Y qué cree usted que buscan quemando el transporte público, el Metro, los

edificios de las empresas de servicios públicos y ahora tratando de asaltar La Moneda? ¿No se da cuenta de que quieren conquistar el poder? ¡Si los dejamos eso es exactamente lo que harán!”

– “Mi Presidente, si me lo permite, voy a volver a hablar con los ‘cejota’ y les transmitiré su punto de vista. Créame que trataré de convencerlos, pero no puedo garantizar nada. Los noté muy firmes en su posición”.

– “Hágalo, Arancibia. Y si le va mal, su renuncia queda aceptada a partir de hoy mismo. Llámeme en una hora con el desenlace”.

***

– “Aló, Rojo”.

– “Sí, Presidente, dígame”.

– “Prepárate para asumir como biministro de Interior y Defensa. Voy a sacar a Arancibia, se le insubordinaron los milicos y no van a salir a contener el alzamiento. Necesito que alguien con más carácter se haga cargo”.

– “Será un honor, Presidente. Agradezco una vez más su confianza. Pero no estoy seguro de que eso resuelva el problema. Arancibia es más duro que yo, Presidente. Y fue instructor y jefe de todos los actuales altos mandos. Si no le hacen caso a Arancibia no le harán caso a nadie. Ni Pinochet resucitado lograría convencerlos”.

– “¿Y si resucitara O’Higgins?”

– “¿Me está hueviando, Presidente? Lo de Pinochet fue un decir”.

– “No, estoy hablando en serio. Tú, Rojo, tienes un parecido casi fraternal con Bernardo O’Higgins. Los dos son colorines, apasionados, patriotas, republicanos, irascibles, testarudos y subidos por el chorro. Si te conviertes en la reencarnación del Capitán General capaz que logres inspirarlos. Diles que vivimos un momento refundacional. Diles que si creen que organizar un alzamiento en un día 18 de octubre fue casualidad. Piénsalo bien, el estallido fue un 18, como el 18 de septiembre, el día de la Primera Junta de Gobierno, en 1810. Hoy es 18 de octubre: en números es 18 del 10. ¿Te das cuenta? 1810. Hoy para la extrema izquierda es el Día de la Nueva Independencia. Es la liberación del capitalismo y el comienzo de la instalación de una Nueva República, que ni siquiera será república”.

– “Como siempre, su idea es muy creativa, Presidente, pero creo que ya es tarde para eso. Hablé con Carabineros y la PDI y me dicen que se plegarán a las Fuerzas Armadas y que no actuarán en la revuelta a menos que se les garantice que no serán acusados de crímenes de lesa humanidad si llega a haber bajas civiles o heridos durante la represión. Me dicen que son los propios funcionarios los que se niegan a salir a la calle”.

– “¿Y qué vamos a hacer? Desde aquí en el segundo piso se ve cómo los dos primeros anillos de seguridad ya fueron sobrepasados por los violentistas y ya están a una cuadra”.

– “Yo pedí a mi gente aquí en el Ministerio que indagaran en todo el aparato

estatal qué repartición tendría la voluntad y la capacidad de defender al menos el Palacio de La Moneda, dado que no contamos con las Fuerzas Armadas y de Orden”.

– “¿Y le fue bien con eso?”

– “Me fue relativamente bien”.

– “Qué alivio. ¿Quién entrará en acción?”

– “La ONEMI”.

– “¿La ONEMI? ¿La Oficina Nacional de Emergencias? ¿La entidad que actúa para los terremotos y los tsunamis?”

– “La misma. Llamé al director, que es un ex general de Ejército, y le hice ver que enfrentábamos un tsunami político y un terremoto institucional. ‘La democracia se cae a pedazos’, le dije. Y me encontró la razón. Él y 200 funcionarios de la ONEMI vienen en camino a defender La Moneda”.

– “¿Y traen armas?”

– “Bueno, depende. Traen lo que había en sus bodegas: frazadas, bidones de agua, palas. Tarros de atún, también. Esos pueden ser utilizados como arma arrojadiza. Imagínese un cachuchazo con un tarro de atún. Es disuasivo seguro”.

– “Muchas gracias, querido Rojo. Es sin duda un esfuerzo honesto. Pero será inútil. La ONEMI no tendrá ni el tiempo ni la fuerza para enfrentar esta asonada”.

– “¿Está diciendo que todo está perdido, Presidente?”

– “Por supuesto que no, mi querido Rojo”.

– “¿Porque la esperanza es lo último que se pierde?”

– “No, mi querido Rojo. La fe es lo último que se pierde. Convoque a todas las personas que quedan en La Moneda a la capilla. Ahí nos reuniremos. Y vamos a orar. Nunca menosprecies el poder de la oración. Si la fe ha sido capaz de mover montañas, también logrará extinguir una revolución”.

***

Veintisiete personas ocuparon casi la mitad de la capacidad del pequeño templo ubicado dentro del Palacio de La Moneda, justo debajo de la Secretaría General de Gobierno. Ahí estaba el capellán de la sede gubernamental, el padre Enrique Opazo, quien ejerciera durante años como párroco de Reñaca.

– “Vamos a orarle ahora a la Virgen del Carmen, patrona de Chile. Ella sabrá acogernos con su instinto de madre buena. Todos juntos, ¡el Ave María!”.

– “Dios te salve, María, llena eres de Gracia, el Señor es contigo…”, rezó al unísono la concurrencia. La plegaria se escuchaba enérgica, a viva voz, como tratando de extinguir la revolución a grito pelado.

***

Los rebeldes ya habían ocupado el Patio de Los Cañones y habían prendido fuego a los naranjos del patio del mismo nombre. Habían entrado al despacho presidencial y ya circulaban por Twitter las selfies que se habían hecho saltando sobre el escritorio que había pertenecido al Presidente Balmaceda. El cuadro de Matta del Salón Azul presentaba un tajo en diagonal y a alguien se le ocurrió defecar sobre la mesita de reuniones donde el Presidente Kast recibía a sus visitas. En la sala del Consejo de Gabinete se había organizado un torneo de escupos en que el blanco era el gran cuadro del asesinado senador Jaime Guzmán que presidía el lugar.

– “¡Kast está escondido en la iglesia!”, gritó una muchacha que cubría su cara con un pañuelo verde que tenía impresa las palabras “aborto libre”.

– “Vamos a decir ahora la oración que el mismo Cristo nos enseñó. Tomémonos de las manos, miremos al cielo y digamos ¡el Padrenuestro!”.

– “Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea Tu Nombre, venga a nosotros Tu Reino, hágase Tu Voluntad en la tierra como en el cielo…”, corearon los fieles en la capilla, mientras sentían cómo golpeaban con ferocidad las puertas y el techo del templo con objetos contundentes. Los rebeldes habían trepado como primates por los muros de la capilla buscando cualquier vía de ingreso que les permitiera llegar al gobernante.

La aterrada feligresía estaba terminando el Padrenuestro, cuando en el momento en que decían “y líbranos del mal” escucharon la voz del cura gritando desaforado. El sacerdote había mantenido su vista hacia el cielo cuando vio cómo un chuzo atravesaba el techo de madera de la capilla y provocaba el desplome del enchapado de las vigas que sostenían la estructura superior de la nave principal.

– “Las tablas”, gritó el cura Opazo con toda la fuerza de su voz.

– “Uno por uno, uno; uno por dos, dos; uno por tres, tres…”, respondieron el Presidente y sus acompañantes.

La vergüenza es más fuerte que el pudor

– “¡Está ocupado!”, dijo el Presidente en tono autoritario. La puerta había recibido un golpe seco, que parecía ser una patada.

Después de unos segundos de silencio, el gobernante puso su oreja en la puerta para intentar escuchar qué ocurría al otro lado. Había risas. “Es él”, logró escuchar que decían.

– “Sal de ahí, cagón, no te escondai”, gritó alguien hacia el baño desde el despacho presidencial.

– “Un momento, ya salgo”, atinó a decir el Mandatario, después de dar dos pasos hacia atrás y sentándose en el wc, para hacer más verosímil la escena, al menos para sí mismo. Pensó incluso en desabrocharse el pantalón y sentarse de verdad en la taza. De hecho, los disturbios que habían comenzado al mediodía en la estación La Moneda del Metro de Santiago y que habían terminado con una horda colándose en los patios del palacio presidencial, le tenían el estómago revuelto y pensó que no le vendría mal desalojar su intestino. Había almorzado paella en su despacho viendo los noticieros del mediodía y por primera vez desde que llegó al poder no había logrado conciliar el sueño en su tradicional siesta de media tarde. Temió que sus problemas de estreñimiento volviesen y decidió sentarse de una buena vez e intentar soltar un buen barro, como había escuchado una vez decir a un entrevistado en su época de reportero y le había llamado la atención. Él era así, un recolector de anécdotas, pensamientos, saberes y dichos. “Poseo un océano de conocimiento, claro que de un centímetro de profundidad”, solía decir, medio en broma medio en serio, a sus interlocutores, como contando una infidencia, para ganarse su confianza. Pero era todo calculado. Eso lo aprendió trabajando en televisión.

Pero el Presidente no logró estar 30 segundos tranquilo en “el trono” (otro dicho antiguo para referirse al excusado, que rescató desde el olvido su primer día en La Moneda, porque consideró que ahora hacía más sentido que nunca), cuando un sonoro crujido antecedió la apertura violenta de la puerta del baño.

El Jefe de Estado miró con estupor a la docena de muchachotes que se asomaron a chequear si habían llegado de verdad a la bóveda del tesoro.

Alejandro Guillier, de manera instintiva, se llevó las manos a la cara para cubrirla. Así, quienes hicieron contacto visual con los asaltantes fueron sus genitales, que quedaron desplegados en gran angular gracias a la apertura de par en par de las piernas del gobernante.

Podríamos discutir durante horas respecto de la decisión que tomó el Presidente. Podríamos organizar un seminario al que asistiesen filósofos, sicólogos, machis. Todos podrían argumentar inteligentemente respecto de la última disyuntiva que enfrentó el Mandatario antes de morir. ¿Taparse la cara o el aparato reproductor? Yo no tengo dudas. Siempre he sabido que la vergüenza es más fuerte que el pudor. Y esa noche del 18 de octubre de 2019 el Presidente Guillier, encarado, frente a frente con la historia, no quiso inmortalizarse como un sinvergüenza. Los subversivos podrían quitarle todo, pero jamás su dignidad. Y la dignidad, en la era de la información y las redes sociales, habita en tu rostro desnudo.

***

A las 6:00 am de ese viernes 18 de octubre de 2019 se había constituido el “comité de crisis” en el Ministerio de Transportes y Telecomunicaciones, al mando de la ministra Carolina Tohá. La ex alcaldesa de la Municipalidad de Santiago llevaba varios días pidiéndole al gobierno que pusiera orden en las estaciones, convertidas en verdaderas viviendas “okupa” desde que el 5 de octubre los estudiantes del Instituto Nacional llamaran a realizar “evasiones masivas” en el Metro para protestar por el alza de $30 pesos en el pasaje del transporte público.

Las “evasiones” fueron escalando poco a poco hasta transformarse, hacia el 17 de octubre, en destrucción. Los torniquetes comenzaron a ser destrozados mientras comenzaban las agresiones físicas hacia los guardias de seguridad de Metro. En el cuartel general de la revuelta, el Instituto Nacional, ese día se incendió con líquidos combustibles acelerantes la oficina del inspector de patios. Ardieron libros de asistencia, estadísticas sobre la disciplina de los alumnos y los objetos personales del docente que ocupaba el lugar. Incluidas las fotografías familiares y un dibujo en cartulina que rezaba “Feliz Día Papá, 14 de julio de 2019”.

La mecha estaba encendida. Y, como sabemos, el pasto estaba seco.

A las 9:00 am la ministra Tohá salió desde su oficina en calle Amunátegui a La Moneda a hablar con el Presidente. Sentía que alguien debía sacarlo de la actitud pasiva que había mostrado durante dos semanas.

Guillier y Tohá se conocían desde hacía 30 años, cuando ella era una joven dirigente estudiantil que protestaba contra el régimen militar y él un joven reportero que combatía al mismo régimen militar desde la Revista Hoy. Se tenían simpatía mutua, y cuando Carolina Tohá fue derrotada por Felipe Alessandri en la elección municipal del 23 de octubre de 2016, Guillier pensó que le encantaría que ella fuese su ministra. Sería simbólico, además, porque el padre de “La Carola”, don José Tohá, había sido ministro del Presidente Salvador Allende en dos carteras. Guillier admiraba a Allende y soñaba con tratar de cumplir con su sueño trunco. Al Mandatario también lo inspiraba Tohá, quien había ejercido el periodismo y la política casi en paralelo, igual que él.

Todo calzaba.

Carolina Tohá no iba nerviosa a su improvisada cita con el Primer Mandatario, porque sabía muy bien que tenía piso para decirle lo que fuese necesario y que él sería receptivo. Entonces repasó mentalmente el relato que realizaría en Palacio:

– “La situación es muy grave, Presidente, temo lo peor. Son miles los ‘pingüinos’ -como se les dice en Chile a los escolares- que invaden las redes. Son como termitas subterráneas que llevan días carcomiendo los mecanismos de defensa de la ciudad. Pero no es sólo eso, también están corroyendo las bases de la mismísima institucionalidad. Como pusieron a prueba los límites de la

tolerancia del Estado al desorden y nadie les puso freno, ahora están desatados. Estuvieron meses con los colegios tomados, llegaron a lanzar 50 bombas molotov desde el techo de un colegio a los carabineros y no pasó nada, no los desalojaron. Han sido meses de jugar con fuego, Presidente, literalmente. Es casi una metáfora de lo que ocurre en La Araucanía. Ahí han sido años, Presidente. El mensaje que hemos enviado a la sociedad es que los problemas se pueden resolver prendiendo fuego y quemando. Entonces ahora temo lo peor. Ya quemaron el Instituto Nacional, seguirán con el Metro y luego quemarán el país completo. De una vez o de a poco. Los cabros de los liceos son los que llevan los fósforos, pero los verdaderos pirómanos vienen más atrás. Esos vienen con lanzallamas y si no actúa ahora terminarán viniendo por usted, Presidente".

***

– "El Presidente Guillier llega todos los días a La Moneda pasadas las 10", respondió el jefe de gabinete del Mandatario, de profesión periodista, que había sido alumno de Guillier en la Universidad Diego Portales. "Pero déjale el recado, Carolita; yo le cuento cuando llegue, no hay drama", complementó.

A la ministra Tohá le molestó que le dijera "Carolita". Primero, porque nadie le dice nunca "Carolita" (salvo Fulvio Rossi, en momentos cariñosos, pero habían pasado muchos años desde entonces). Y segundo porque esa frivolidad, el tono y la mirada jocosa del asesor presidencial le demostró que en La Moneda nadie estaba viendo lo que ella y mucha otra gente en el país.

– "Yo creo que sí hay drama; el tremendo drama", contestó la secretaria de Estado. "Lo que tengo que decirle al Presidente tiene que ser en persona. ¿Me avisas cuando llegue, por favor, y yo me vengo? Estoy a dos cuadras", rogó Tohá.

– “No hay drama, yo te aviso, Carolita”, contestó el jefe de gabinete.

– “Típico machito opresor que se sube por el chorro en cuanto tiene un pichintún de poder”, pensó la ministra, pero no quiso enredarse en una pelea con el asesor del segundo piso de La Moneda cuando se vivía la víspera de una explosión social. Tendría que dejar para otro momento la lección sobre lo inapropiado que es hablar de “Carolitas”, “Pepitas” o “Juanitas” para referirse a las mujeres.

No hay registro de si el jefe de gabinete olvidó dar el recado al Presidente o si Guillier desestimó reunirse con Carolina Tohá, pero lo cierto es que la reunión nunca se produjo.

A las 13:10 del viernes 18 de octubre de 2019 comenzó la “guerra del fuego” y la zona cero fue, precisamente, la estación La Moneda del Metro de Santiago.

A esa hora un grupo de jóvenes trepó un muro y descolgó uno de los monitores que entregan información en los andenes y lo lanzó a las vías, provocando un estallido de chispas que fue transmitido en vivo por las redes sociales de los estudiantes secundarios.

Era la señal.

A partir de ese momento varios cientos de encapuchados comenzaron a atacar los cubículos de venta de tickets, para robar el dinero de la recaudación, y luego prenderles fuego. La acción se repitió de manera casi simultánea en una treintena de estaciones.

– “¡Alejandro, atina!”, le gritó Carolina Tohá al Presidente, echando mano a sus 30 años de historia en común. Habían pasado pocos minutos desde el incidente “fundacional” en estación La Moneda y como nadie la había llamado desde Palacio, la ministra de Transportes se decidió a marcar directamente el celular personal del gobernante. Entonces le transmitió, un poco atarantada quizás, el libreto que había preparado mentalmente, y que está expuesto unos párrafos más arriba en este mismo capítulo por si quieren volver a revisarlo.

– “Mira, Carolita. No nos saquemos la suerte entre gitanos. O si prefieres una analogía más épica, te propongo que no nos pisemos la capa entre superhéroes. Las tomas de los liceos en Santiago nacieron, crecieron y se desarrollaron durante tu mandato como alcaldesa. Tú dijiste que las tomas eran una forma legítima de conseguir reivindicaciones. Tú planteaste que si las tomas se decidían democráticamente había que respetarlas. Perdóname que sea tan franco en esto. Es cierto que después llegó Alessandri a la municipalidad y fue incapaz de poner orden y fue durante su administración que las cosas comenzaron a escalar y se llenó de muchachos en mamelucos blancos que querían imitar la serie ‘La Casa de Papel’ y el uso de las molotov se multiplicó. Pero no digamos que tú, como ex alcaldesa, aportaste mucho en la solución. Ustedes los políticos son los causantes de todo lo que está ocurriendo. Háganse cargo. Armen un acuerdo político entre sus partidos, entre el tuyo, el PPD, y el de Alessandri, RN; inviten a todos los otros y armen un gran acuerdo para resolver el tema. No me vengan a tirar a la cara a mí, un Presidente independiente, apolítico, de región, humanista, que venga a reparar los estropicios que ustedes causaron. No sean carerajas”, dijo el Presidente y colgó.

Estaba ligeramente molesto, pero también complacido. Consideró que su alocución había salido de corrido, bien redactada y doctrinariamente perfecta. Y se dio el gusto de usar la palabra estropicio, que por primera vez se la escuchó al ex Presidente Lagos y juró que alguna vez la utilizaría si llegaba a La Moneda.

– “Ojalá hubiese grabado esta conversa”, pensó. Para incorporarla en el libro que seguro escribiría cuando dejara el poder.

Así fue como le dieron las dos de la tarde y era hora, como cada día, de almorzar viendo las noticias del mediodía. Las imágenes de los acontecimientos, que ocurrían casi en tiempo real, le revolvieron el estómago. “Qué bueno que hablé con la Tohá; de lo contrario no habría entendido bien cómo es la cosa. Ahora tendrán los políticos que hacerse cargo como corresponde”, pensó. Y atacó el postre, unas peras al vino con canela.

A las 15:30 se recostó en la cama de su privado, como hacía puntualmente cada tarde, para dormir su siesta. Pero no pudo. Justo debajo de su ventana se había instalado una patrulla de Carabineros con la sirena encendida.

Llamó a su jefe de gabinete para pedirle que silenciaran la maldita bocina, pero luego recordó que entre 15:30 y 17:00, la hora de la siesta presidencial, se había decretado como “hora quieta” en el gobierno, es decir, sin llamadas telefónicas o mensajes por WhatsApp.

A eso de las 16 horas, frustrado por la imposibilidad de descansar, decidió caminar desde su oficina hacia las dependencias de la Secretaría de Comunicaciones (Secom), que se ubica en el tercer piso del Palacio y que da hacia la Alameda. Sentía curiosidad por saber si los hechos que había visto en las noticias al mediodía seguían ocurriendo o si ya habían sido extinguidos por el acuerdo político que le había mandatado a Carolina Tohá.

Le sorprendió al Presidente observar que las oficinas de La Moneda estaban vacías. Entró a dos o tres que le quedaban en la ruta desde su despacho hasta la Secom. Estaban las pantallas de televisión encendidas, los computadores con los mails y WhatsApp abiertos, lápices en el suelo. Parecía una película gringa en que a los ocupantes de una oficina los llaman a evacuar de inmediato porque está a punto de ocurrir una catástrofe inminente: un tornado, un tsunami, la caída de un meteorito, una invasión zombie... o el comienzo de una revolución.

Mientras seguía su camino hacia la Secom pensaba si era “El día de la Independencia” o “Tornado”, la película donde la Casa Blanca era destruida por un misil. O si quizás era la serie “Designated Survivor”. Anotó ese pensamiento en la libretita roja que tenía en el bolsillo izquierdo de la chaqueta, donde listaba las series de televisión por streaming que le recomendaban en las reuniones.

Cuando llegó a la oficina del director de la Secom vio las ventanas abiertas de par en par. Se escuchaba desde la calle un ruido confuso. Se alcanzaba a distinguir como un ronroneo de voces roncas mezcladas con sirenas de distinto tipo, policiales, de ambulancias y de bomberos.

Desde el televisor encendido a sus espaldas provino la información que bien podía explicarlo todo: la presidenta de la Cámara de Diputados, Pamela Jiles (una ex periodista con quien Guillier había compartido como colega en TVN años antes), había asumido el mando provisional del territorio. Tras la renuncia

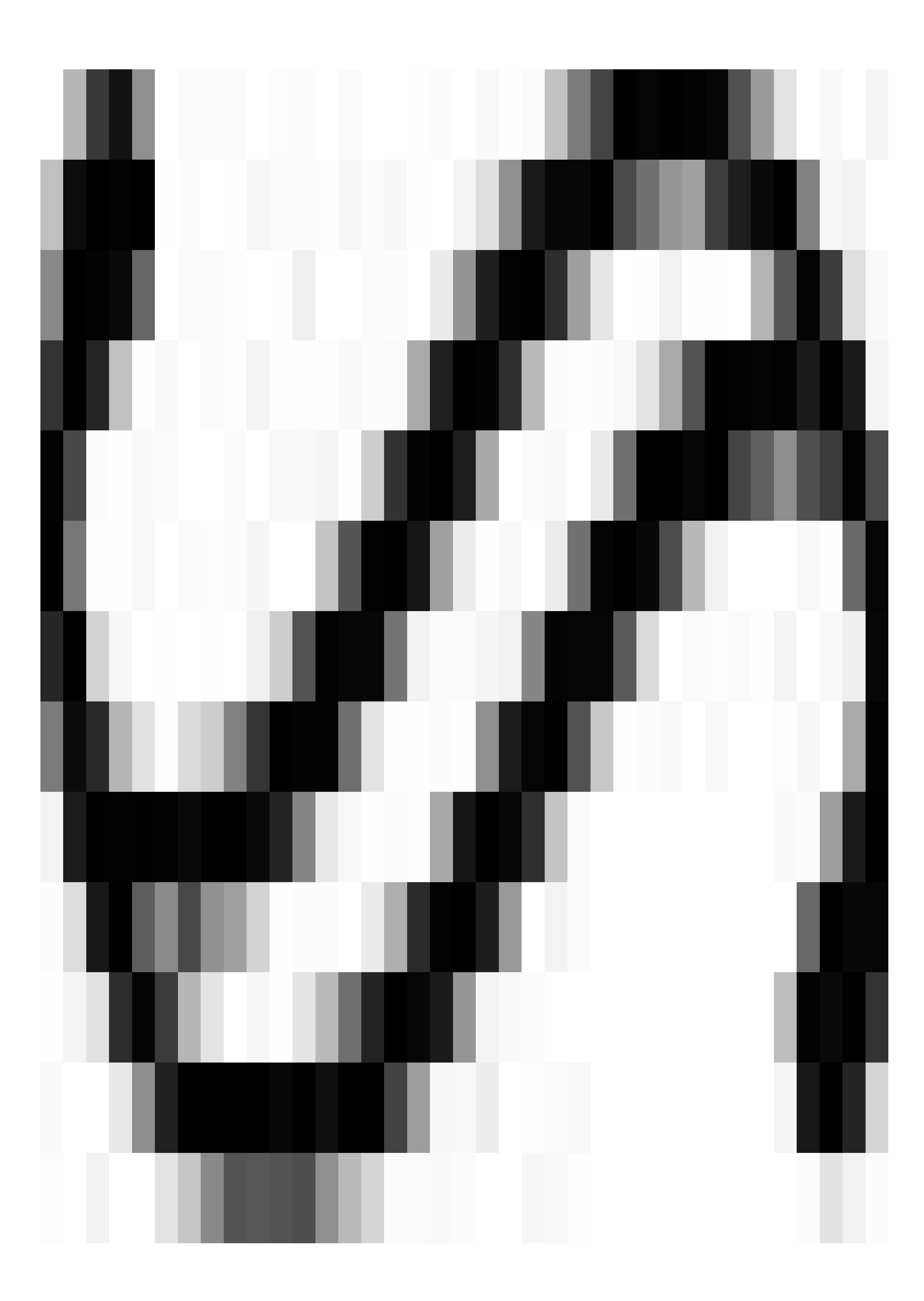
de la presidenta del Senado y la destitución del presidente de la Corte Suprema, era Jiles quien se había autoproclamado gobernante interina y había exigido la renuncia del Presidente Alejandro Guillier. Se le dio como plazo las 18:00 horas para abandonar pacíficamente La Moneda. Se le garantizó el respeto a su vida y la de su familia. El gobierno de Bolivia ofreció recibirlo y darle asilo, como parte del convenio con las nuevas autoridades chilenas, que consistía en conceder "extrañamiento" a personas que a juicio de la nueva gobernante era preferible sacar del país en vez de tenerlas prisioneras dando pena y haciéndose las víctimas. Temía que surgiera un "nuevo Mandela" en la cárcel, que luego se convirtiera en el líder de la contrarrevolución.

Junto con Guillier volarían esa noche a La Paz en un avión C-130 de la Fach los ex Presidentes Ricardo Lagos y Sebastián Piñera; la ex ministra Mariana Aylwin; los ex candidatos presidenciales Joaquín Lavín, Evelyn Matthei, Felipe Kast y José Antonio Kast (el funcionario no estaba seguro de cuál de los dos Kast era cuál así que decidió echarlos a los dos arriba), además de los directores de los medios El Mercurio (Carlos Schaerer), Diario Financiero (Marily Lüders) y El Líbero (Eduardo Sepúlveda), junto al periodista Iván Valenzuela y todo su "rat pack".

***

El Presidente Guillier miró la hora. Faltaban 15 minutos para las 17:00. "Menos mal queda poco", dijo en voz baja. En un cuarto de hora podría llamar a sus asesores para pensar cómo resolverían este asunto que, sin duda, parecía delicado. Una vez más los políticos habían fallado. Por negligencia o falta de talento. Se fue caminando con calma hasta el despacho presidencial. Se sentó en su escritorio y moviendo la cabeza de un lado a otro decidió que no se iría a La Paz. Había estado una vez en esa ciudad en su época de reportero y juró que no volvería. Se había sentido tan apunado por la altura que en la madrugada, desesperado, pensó en cortarse la cabeza para dejar de sentirse así de mal. "Podrían haber elegido Quito por último", reflexionó mirando el reloj, tratando de que avanzara rápido el tiempo. Se puso la mano en el cuello. Esperaba que su cabeza no volviera a estar en peligro esta vez.

INTRODUCCIÓN



Cuando éramos infantes, a los “niñitos hombre”, como se nos decía en mi pueblo y en mi época, nos inculcaban que nuestra máxima aspiración en la vida debía llegar a ser Presidente de la República. A las “niñitas mujeres”, por su parte, les decían que lo óptimo era convertirse en reinas.

En la adolescencia la mayoría de las chiquillas ya sabían que no “todas iban a ser reinas”, como habían memorizado en el colegio, leyendo a Gabriela Mistral. A nosotros, en cambio, nos quedaba un plan b: ser estrellas de rock and roll.

“Dime nene qué vas a ser/ cuando seas grande;/ estrella de rock and roll/ Presidente de la Nación”, cantaba el argentino Miguel Mateos en los ´80. Después, en los ´90, gracias a Zamorano y Salas, y después con Vidal y Alexis, a los varones se nos abrió la opción de aspirar al éxito a través del fútbol.

Pero alcanzar la Presidencia se mantuvo, al menos para algunas personas, como una apetencia irrefrenable.

A cierta gente se le antojaba incluso repetirse el plato y ejercer la Primera Magistratura dos veces. Desde 1990 a la fecha, Eduardo Frei, Ricardo Lagos, Michelle Bachelet y Sebastián Piñera buscaron el doblete. Los dos primeros tuvieron la suerte de no lograrlo. Los últimos dos sí lo consiguieron. Pero cayó sobre ellos la “maldición del segundo período”. Todos fuimos testigos de su debacle.

No nos engañemos. Ninguno de los Presidentes del último medio siglo ha sido recordado mayoritariamente con cariño. Allende, Pinochet, Aylwin, Frei, Lagos, Bachelet y Piñera tienen sus fans, pero son pocos. Y se trata de personas especiales, como los coleccionistas de estampillas o los aficionados a la observación de pájaros.

Así las cosas, ¿quién en su sano juicio querría ser hoy por hoy Presidente de la República de Chile?

Las cuatro historias que forman la precuela de este libro son un ejercicio imaginario de cómo habrían reaccionado el 18 de octubre de 2019 cuatro personajes políticos que pudieron haber estado en el cargo ese día en que estalló la Revolución de Octubre en Chile. No sé qué pensaron ustedes, pero mi opinión es que ninguno habría desempeñado un papel más decoroso (o menos

indecoroso) que el que tuvo el Presidente Piñera.

Este libro, por lo tanto, trata sobre promesas incumplidas. Sobre la promesa que se creyeron aquellos que quisieron gobernar el país suponiendo que eso les traería bien, como el cariño y el respeto de su pueblo. Sobre la promesa de que ellos lograrían llevar al pueblo hacia una “tierra prometida”, como hizo en su momento el mismísimo Moisés. Y sobre los políticos que fueron vistos como “eternas promesas” y que nunca lograron suficientes votos como para llegar a La Moneda.

Ya está dicho que la primera promesa incumplida en el imaginario social chileno fue la de Gabriela Mistral. Ella juró que todas iban a ser reinas, pero salvo ella, que fue coronada la primera mujer iberoamericana con un premio Nobel, prácticamente ninguna otra niñita oriunda de Valle del Elqui llegaría a ser monarca de algún tipo.

“Todas íbamos a ser reinas

De un reino sobre el mar

Lucila con Imigelda

Petronila con Libertad”.

Quizás nuestro problema fue que no reparamos en un detalle del poema de Gabriela. Ella dijo que todas “íbamos” a ser reinas. Es decir, conjugó el verbo “ir” en pretérito imperfecto. Ahí está la genialidad; un verso que suena bello, ingenuo y que sirve para hacer una ronda infantil en el fondo transmite una mezcla entre ironía y decepción. Gabriela no mentía. Por el contrario, nos advertía que el sueño de ser reinas ya no fue. Y que tampoco ocurrirá. Lo que digo: ya fue.

Irónicamente, Gabriela sí lo logró todo. El Nobel y la categoría de figura de culto, reina y patrona de la emancipación sexual. Una entidad llamada “Síndico de Lesbos” la tiene como su beata propia.

Durante el proceso de escribir este libro viajé al Valle del Elqui. Quería encontrar una pista sobre la promesa de Gabriela de que todas iban a ser reinas. ¿Era un grito de guerra, un mapa de navegación, una consigna o solo una amarga sátira? Necesitaba encontrar la conexión con la política, que ha sido siempre mi predilección.

Me pasé varios días en Vicuña, en Horcón, en Pisco Elqui, en Alcohuaz. Recorrí las calles polvorientas mientras leía la poesía de Gabriela.

En un establecimiento en Alcohuaz contraté el servicio de alineamiento de chakras con cuencos tibetanos. Quizás adentrarme en el misterio energético del Valle del Elqui, al que llaman el segundo Tíbet por su energía mística endémica, entendería mejor la promesa.

Bebí respetables cantidades de vino del Valle. Gabriela hablaba de las parras del Valle en su poema.

Me vine con la convicción de que el "Todas íbamos a ser reinas" era, simplemente, un lamento.

Y entonces, acaso poseído por el efecto sicotrópico de los cuencos tibetanos, me imaginé a Allende, a Pinochet, a Aylwin, a Lagos, a Bachelet y a Piñera escribiendo un poema titulado "Todos íbamos a ser presidentes".

Volvamos a lo nuestro. ¿Qué diablos impulsa a alguien querer convertirse en inquilino de "la casa donde tanto se sufre", según advirtió hace más o menos un siglo el ex Presidente Arturo Alessandri Palma?

Concedamos que algunos de los candidatos presidenciales quizás han tenido genuina vocación social o de servicio público. Pero eso no es suficiente. Uno puede satisfacer esa necesidad de entregarse a los otros de muchas otras maneras.

Algo muy fuerte ha hecho que más de 40 candidatos hayan aparecido en la papeleta presidencial desde 1989 a la fecha, y más del doble hayan quedado en el camino al perder elecciones primarias o ser desechados por sus partidos sin más.

¿Son virtudes o defectos los que impulsan a un ser humano a buscar con arrojo una posición que de seguro les traerá enormes padecimientos?

Ustedes me conocen. He escrito columnas semanales en El Mercurio por 20 años sobre los políticos y, ciertamente, me he referido a todos quienes han osado competir por La Moneda. Y, fiel a mi estilo, en este libro indagaré sobre las facetas más pecaminosas de estos personajes. Por eso, este libro, más que explorar en el lado claro de la luna -de eso se ocuparán plumas más luminosas y bondadosas que la mía-, se adentrará en las tinieblas, para ir a buscar la fealdad y encararla.

Mis reflexiones me llevaron a descubrir que las razones que buscaba están comprendidas en la esencia de la maldad desde tiempos inmemoriales: los pecados capitales.

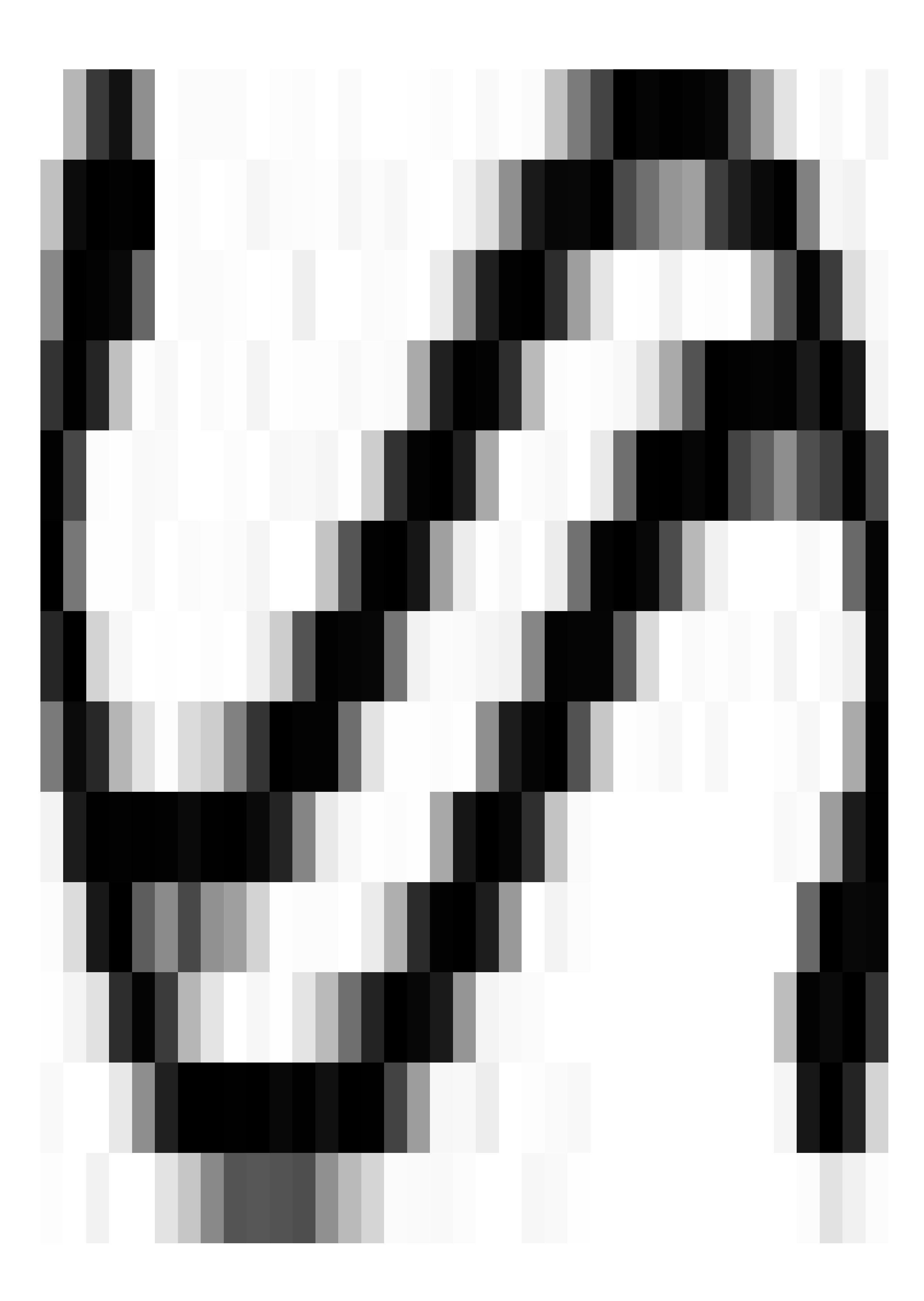
Así, lo que hice fue tomar a los candidatos que han buscado la Presidencia de Chile desde 1989 en adelante y los catalogué de acuerdo con el pecado que a mi juicio los impulsó con mayor predominancia a correr esta carrera.

Algunos de ellos merecieron una explicación más profunda sobre su situación individual. Otros sólo quedaron mencionados. Más adelante, en años venideros, iré completando este catálogo. Por ahora creo que es suficiente con esta muestra aleatoria de personalidades. Ustedes podrán también hacer el ejercicio en sus propias mentes.

Sin decir más, paso a presentar mi antología novelada.

CAPÍTULO 1

La ira



Sebastián Sichel, Evelyn Matthei, Andrés Velasco, Hernán Büchi

Keep Calm and Be President

Tan importante como aprender a hablar es aprender a callar. Es contraintuitivo, claro, porque desde muy temprano nos enseñan lo importante que es decir las cosas, comunicarse. Los sicólogos nos instan a sacarlo todo afuera, a desahogarnos, escupir lo que nos angustia, aunque eso signifique embetunar con saliva a todos los que nos rodean.

Pero los comunicadores -con menos prestigio y patrimonio que los sicólogos, pese a tener destrezas similares- saben que el silencio -total o intermitente- es también una forma de comunicación. De expresión, incluso.

El tema con Sebastián Sichel es que aprendió a hablar bien. Demasiado bien, demasiado rápido. Las ideas brotan de su cerebro como una máquina de cabritas de cine. Lo deseable sería que las cabritas precipitaran sobre un contenedor grande con una puerta por donde se podría meter una pequeña pala metálica para sacarlas y echarlas en un cono o una bolsa de papel desde donde uno podría comerlas rápidamente o con calma, dependiendo del mood.

Pero no. En el caso de Sichel, las ideas hacen pop-up y luego caen por una especie de embudo con dientes. Desde fuera, lo que todo el mundo ve es una boca desde donde emergen esas ideas, empujándose unas con otras, como una estampida de estadio en medio de un terremoto.

La ideas de Sichel no sólo salen de su boca-embudo a borbotones. A veces también salen como si alguien les hubiese dado un empujón desde dentro. Y eso pasa a menudo, sin que necesariamente esté hablando de un tema peliagudo o enojoso. Ese hablar golpeado suyo puede ser por casi cualquier cosa.

– “¡Estoy muy feliz de estar esta mañana aquí para visitarlos!”, dijo una vez en una actividad de campaña en terreno. “¡¿Saben por qué?! ¡Porque esto no se trata de mí sino de ustedes! ¡Son sus sueños los que quiero representar! ¡Ustedes son los protagonistas de todo esto! ¡¿Está claro?!”.

Las personas que habían ido a verlo, algunos para chequear si era tan guapo como se rumoreaba, asentían obedientes, con los ojos bien abiertos y casi sin pestañear, para demostrarle que estaban de acuerdo y sobre todo para dejarle claro que sí lo estaban escuchando atentos.

Sichel es ese tipo de personas que te gritan “¡Puta que te quiero!” y que te abrazan tan fuerte que no sabes si ir al traumatólogo o al confesionario después de que te suelta.

¿Es Sichel sólo un tipo enfático, enérgico, como si fuese el coach de un equipo de karate de película gringa?

No lo creo.

Mi teoría es que las malas pulgas que recorren su cuerpo como Pedro por su casa se deben a una rabia que tiene metida adentro. Por eso la mecha tan corta. Y el asunto no se va a solucionar haciéndolo gritar dentro de una almohada o alineándole los chakras.

La rabia que habita en Sichel solo saldrá cuando Sichel haga lo que siente que tiene que hacer. Hasta que ocurra el desquite. No hay otra.

Porque el origen de esa exasperación que habita en su ser viene de años, desde su misma infancia.

Sichel fue un cuasihuérfano. Es decir, pese a haber tenido padre y madre, su niñez transcurrió como si no los hubiese tenido. Y ese puede ser el peor de los mundos para un niño. Esa indefinición, ese limbo, pueden ser paralizantes.

La muerte temprana de los padres puede llevar a un proceso de evolución espiritual o a construir un propósito. ¿Pero y si los padres no han muerto, pero tampoco viven como padre y madre respecto de los hijos?

La madre del escritor C.S. Lewis murió cuando él era un niño. Así describió, ya de adulto, el proceso que vivió: “Con la muerte de mi madre desapareció de mi vida toda felicidad estable, todo lo que era tranquilo y seguro. Iba a tener mucha diversión, muchos placeres, muchas ráfagas de alegría; pero nunca más tendría la antigua seguridad. Sólo había mar e islas; el gran continente se había hundido,

como la Atlántida”.

Imaginen por un momento al niño Sebastián, con padres vivos pero viviendo como huérfano, sin felicidad estable, sin tranquilidad ni seguridad, saltando de isla en isla, sin entender por qué el continente hacía agua.

Para Bruce Wayne, en cambio, las cosas fueron más claras. No digo que fueran menos trágicas, porque fueron, de hecho, más trágicas, dado que a sus padres los acribillaron frente a sus ojos. Pero al menos, y sé que es un mal consuelo, aunque vale para el punto que quiero hacer, el asunto se resolvió con nitidez. Sus padres murieron y ese hecho lo obligó a definir un propósito en su vida.

“La muerte de mi madre fue la ocasión propicia para lo que algunos (que no yo) podrían considerar mi primera experiencia religiosa”, relató C.S. Lewis. Años más tarde se convertiría al cristianismo.

Bruce Wayne años más tarde se convirtió en Batman.

Sichel, el niño cuasihuérfano, evolucionó más bien hacia el lado heroico, como Wayne. Y, pensándolo bien, podría ser que uno reconozca en el candidato chileno la misma ira que exhibe Batman.

Pero el fenómeno es distinto. Batman persigue malhechores para evitar que otros sufran lo que sufrió él, la muerte violenta de los padres. ¿Qué busca Sichel? ¿Cuál es el origen y el destino de su rabia?

Sichel, el cuasihuérfano, es del tipo de hijos de “papitos corazón” que habitan en Chile.

Me detengo aquí un segundo para explicarles a los lectores foráneos o despistados qué es un “papito corazón”, como se les llama coloquialmente a aquellos hombres que se niegan a pagar la “pensión alimenticia” o asignación monetaria para financiar los gastos de subsistencia de sus hijos.

Una definición más completa de “papito corazón” podría referirse a aquellas personas (no sólo de sexo masculino) que tienen hijos y luego los abandonan emocional o económicamente.

El fenómeno “papito corazón” es mucho más masivo de lo que se pensaba. No existe una estadística precisa, pero uno puede hacerse una idea haciendo una

matemática simple. En Chile nacen al año unos 200 mil niños y cada año se presentan en tribunales un promedio de 150 mil denuncias por pensión alimenticia para intentar la cobranza por vía judicial. A mediados de 2020, a propósito del debate por los retiros anticipados de fondos para la jubilación desde las AFP, se informó que el 84% de las pensiones establecidas por los juzgados de familia se encontraban impagas.

¿Qué le pasa a un infante que tiene conciencia de que buena parte de sus necesidades básicas insatisfechas se deben a que le tocó un "papito corazón" de progenitor, o que su "mamita corazón" tampoco se preocupa de verdad por su bienestar?

Les dejo unos segundos para que piensen sobre eso…

…

…

…

Bien, supongo que habrán dimensionado el asunto. Durante años hemos construido una sociedad con millones de cuasihuérfanos, como Sichel, que han debido salir adelante de manera tortuosa, acumulando rabia, o un sentido de propósito, o ambas. Las almas más evolucionadas habrán alcanzado un estatus superior, más espiritual, si quieren, y habrán alcanzado más rápidamente la paz que otorga el perdón.

Mi tendencia, entonces, es a comprarme que Sichel no quiere que otros tengan que pelar el ajo como le tocó a él. Ahora entiendo por qué en una de sus primeras escaramuzas con Gabriel Boric -su archirrival en las elecciones presidenciales 2021- le echó en cara que él era padre de familia. Y luego publicó en sus redes sociales fotos yendo a dejar a sus hijos al colegio o llevándolos a un partido el fin de semana. No informa esa conducta paternal suya como un dato, sino tratando de exhibir una virtud. Él no tuvo a su padre cerca en la infancia ni un buen modelo que le permitiera aprender mirando.

En una entrevista con Cristián Warnken, al comienzo de la campaña, a fines de septiembre de 2021, éste le leyó a Sichel un párrafo de un libro de Paul Auster sobre el tema del padre.

– “Mi sensación de vida fue siempre estar haciendo maletas para buscar a alguien”, confesó el candidato. “Uno siempre tiene la sensación de pérdida”, complementó. “Mi mujer, la Bárbara, siempre me dice que yo vivo con la sensación permanente de esta pérdida, y por lo tanto siempre estoy peleando, o para que mis hijos sientan que estoy, que estoy para mi familia, que mis amigos sientan que no fallo, hay algo muy fuerte ahí”.

Sospecho que todos los hombres aspiramos en algún momento a ser héroes.

“No estoy dispuesto a seguir mis días de oscuridad

De ser uno más de entre el público está bueno ya

Tantos tipos posando en las revistas

Y yo no brillo ni en mi familia

La vida es cara y aburrida para darla por perdida

Es cierto no tengo cómo ser un galán

Tampoco un aire solemne de intelectual

Vivo con mi familia y no me drogo

Como ven no soy muy artista

Pero estaré en los escenarios y en las fotos de los diarios

Exijo ser un héroe

Exijo, exijo ser un héroe”.

(Los Prisioneros)

En síntesis, como buen candidato presidencial, Sebastián Sichel busca ser un héroe. Una mezcla entre Batman, Capitán Futuro, Míster Increíble y el Chapulín Colorado. Ustedes son gente creativa, sabrán llegar a la fórmula del ensamblaje de atributos heroicos que componen al candidato. Si logra conducir bien esas deposiciones que hierven en su interior y conduce su indignación en el sentido de rescate y no de mero “patearlaperra” y de lanzar metralla por la boca, quizás la mayoría de los chilenos se unan a su cruzada.

Porque todos tenemos nuestro propio #nuncamás.

P.D.: Sobre el tema de los “papitos corazón”, escribí una columna en El Mercurio en octubre de 2021, en plena campaña presidencial. Ahí intenté hacer una reflexión también sobre los “padres políticos”. Se las comparto aquí por si no tuvieron la opción de leerla.

Papitos corazón

Por alguna razón los “papitos corazón” se instalaron en la carrera presidencial. A Franco Parisi lo acusan de ser uno de ellos, mientras que varios de sus colegas de carrera (presidencial) son más bien víctimas de “papitos corazón”.

Partamos definiendo qué entenderemos por “papito corazón”. La acepción popular se refiere a un progenitor que deja de cumplir con su obligación monetaria hacia sus crías. Es decir, el típico deudor de “pensión alimenticia”. Pero un “papito corazón” es también un progenitor que deja de cumplir con sus obligaciones sentimentales hacia sus hijos. En síntesis, el “papito corazón” es un sujeto egoísta que privilegia sus propios intereses y necesidades antes que las de sus herederos.

En la política también existen los “papitos corazón”. Y esta semana fue especialmente prolífica en términos de paternidades y amores o desamores filiales.

-“Eres hijo de un terrorista”, le dijo José Antonio Kast a ME-O esta semana en un debate. JAK trataba de defenderse frente a un dardo que le lanzó Enríquez-Ominami a modo de insulto: “Eres hijo de un empresario”.

JAK y ME-O, en vez de “sacarse la madre” durante el debate, se “sacaron el padre”, que es lo que está de moda ahora. Seguro que JAK estima que el padre de ME-O fue un “papito corazón”, que dejó huérfano a su hijo porque la revolución estaba primera en la fila. Para ME-O seguramente el papá de JAK fue un “papito corazón” que prefirió ganar dinero antes que educar a su hijo en la política... y por eso le salió así.

En política también existen otras “paternidades”. Se les dice “padre político” a los mentores, patrocinadores o impulsores de la carrera de alguna figura pública.

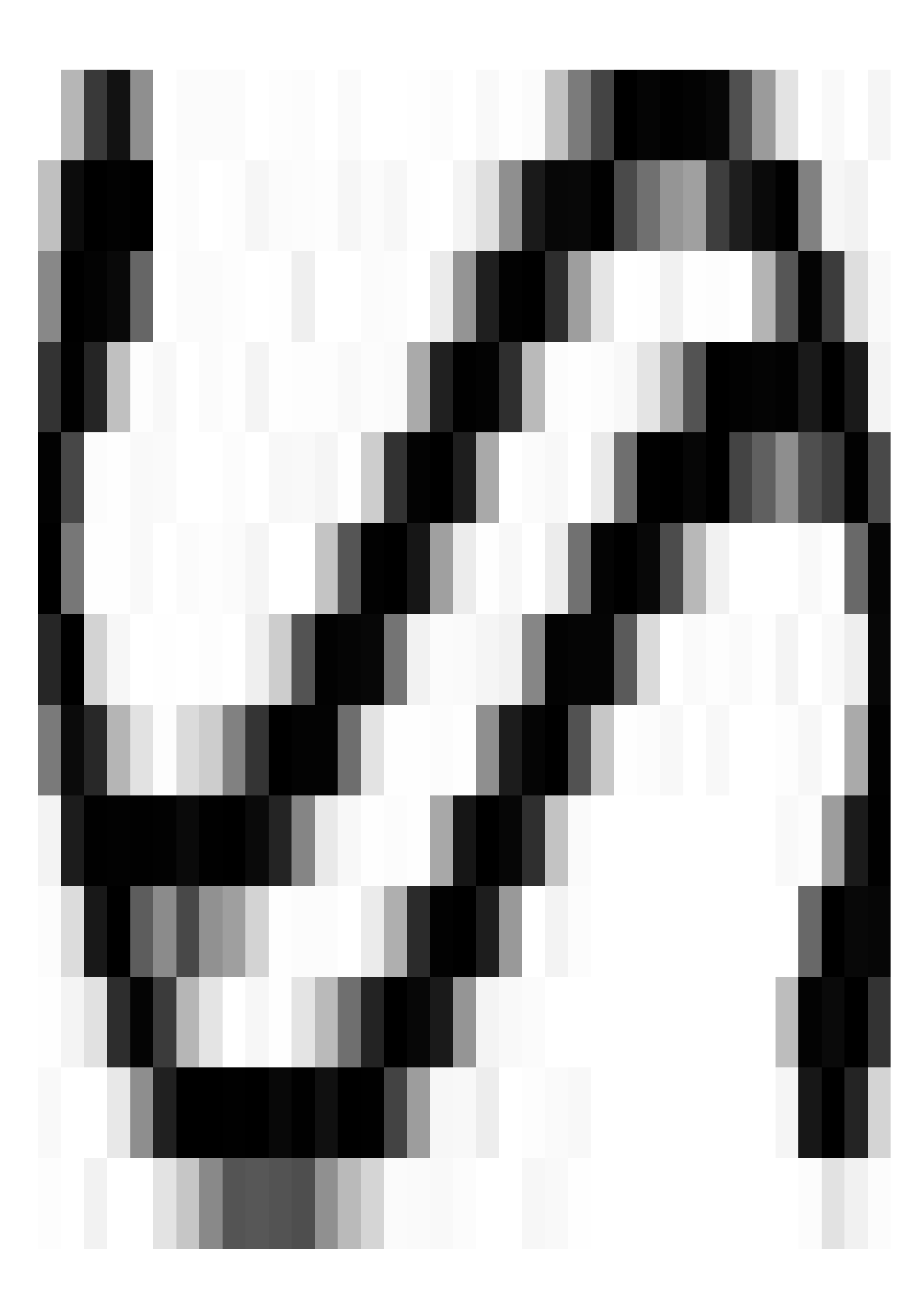
Daniel Jadue, por ejemplo, podría considerarse el “padre político” de la candidatura presidencial de Gabriel Boric. Recuerden que pocos meses antes de que comenzara la carrera a La Moneda, Boric reconocía en televisión que no se sentía preparado para ser Presidente de Chile y veía esa opción como algo a futuro. Pero Jadue, quien lideraba en la encuestas desde hacía meses y se imaginaba ya cruzándose la banda tricolor sobre el pecho, quería ganar una primaria para llegar con más ínfulas a la primera vuelta y movió hilos para que su “sparring” (boxeador low cost que se usa para entrenar al number one) fuese Boric. Los comunistas incluso le ayudaron a Boric a inscribirse, para que Jadue cumpliese su deseo de noquearlo en horario prime. Ya sabemos que nadie imaginó que el debutante derrotaría al campeón.

Pues bien, esta semana Jadue obligó a su hijo político Boric a peregrinar hasta Recoleta para que le hiciera un gesto de devoción que sólo le sirve al alcalde y daña los intereses del diputado. Fue un gesto de egoísmo típico de “papitos corazón”.

Lo mismo vale para Sichel (quien ya está cabreado de los “papitos corazón”). Se supo que el Presidente Piñera se enfureció cuando su ex ministro (de quien presume “paternidad política”) tomó distancia de él esta semana a propósito del tema Pandora Papers. Sichel no se siente “hijo político” de Piñera, pero supongamos que lo fuera: ¿Debiera por eso quedarse callado? ¿El interés de quién debería primar? ¿El del padre o el del supuesto “hijo político”? ¿Qué opinan ustedes?

CAPÍTULO 2

La gula



Gabriel Boric, José Miguel Insulza, Joaquín Lavín, Pablo Longueira, Andrés Allamand

El Boris

Gabriel Boric es un goloso.

Déjenme rebobinar un poco para que se entienda la idea. En el mundo de la gula existen dos especímenes: los depredadores y los golosos. A los primeros les temo y a los segundos tiendo a quererlos. A menos que, de tan golosos, terminen pasándose al grupo de los depredadores.

Los depredadores técnicamente son especies que cazan a otras para satisfacer una de sus necesidades más esenciales: alimentarse. Pero hay depredadores que, ya saciados, siguen comiendo, probablemente por vicio. Ese tipo de depredadores puede terminar extinguiendo una especie, porque su voracidad no conoce límites. Hay depredadores que arrasan con otros animales, con sus crías, sus huevos y siguen con otros organismos vivos, como plantas, musgo. Hay algunos depredadores que llegan a convertirse en organismos parasitarios, que se hacen huéspedes de otros organismos y terminan alimentándose de ellos sin moverse de su escritorio.

El goloso, en cambio, come por placer. Es un gozador. Prueba esto y aquello, de allá y de acá. No tiene gustos definidos, ni preferencias excluyentes.

– “¿Blanco, tinto, rosé, pinot noir, carmenere, merlot o chardonnay?”

– “Todos”, responde el goloso. Pero no por depredar, ni hacerle daño al anfitrión. No es un alcohólico ni un vicioso. Es simplemente un goloso, que no puede evitar probarlo todo.

Ese “todo” es, literalmente, “todo”.

En el mundo de la golosina también hay categorías. Está el “goloso dulcero”, el “goloso salado”, el “goloso enamorado”, el “goloso borrao”, el “goloso parrillero”, el “goloso empoderado”, el “goloso winner”.

El “goloso dulcero”, por ejemplo, es el tipo al que uno le dice: ¿te gusta el pie de limón o el brownie con salsa de chocolate? La gente que entiende del género sostiene que los dulceros se dividen entre los que les gusta terminar con gusto ácido en la boca o con gusto dulce. Y que la gran mayoría de la gente tiene clara su preferencia. Pero no es el caso del “goloso dulcero”, que va por los dos. O va por todo, más bien.

Boric es así.

Va por el pie de limón (y de maracuyá y manzana y frutos rojos), el rollo de canela, la jalea con yogurt, la macedonia de frutas, el brownie, la sandía calá, el arroz con leche, los profiteroles, la casata de piña con oblea enterrada, el celestino.

Pero también quiere estudiar Derecho y no titularse, para vivir las dos experiencias: la gloria de entrar a Derecho en la Chile y la frustración de no hacer el camino completo sino abandonar antes de atacar cumbre. Degustar la grandeza y la miseria tiene mucha onda en su generación.

También quiere seducir a todas las chicas guapas y a todos los chicos guapos. Y a les chiques guapes. Todo lo que se mueva. Para “experimentar”, como lo ha definido él mismo.

Y quiere ser carnívoro y disfrutar su cordero al palo magallánico, pero también ser vegano y animalista. Todo con la misma intensidad. Se emociona al escuchar el crujir de un tallo de apio al quebrarse en dos y también al sentir el chirriar de un bife precipitando sobre una parrilla a la temperatura exacta.

Y quiere apoyar los retiros anticipados de los ahorros para la jubilación para recibir el aplauso del respetable público y quiere, al mismo tiempo, no apoyar los retiros anticipados de los ahorros para la jubilación para recibir el aplauso del otro sector del respetable público.

Y quiere tener el apoyo del Partido Comunista, el de la “primera línea” de Plaza Italia, del Frente Amplio, de Nicolás Maduro, de la familia Castro en Cuba, de los ex frentistas. Pero también quiere congraciarse con los izquierdistas

moderados.

¡Para qué hablar de su programa de gobierno! Dice ahí que va a resolver todos los problemas del pueblo, todos sus dolores y al mismo tiempo satisfacer todos sus deseos. Dará mejores sueldos y al mismo tiempo entregará gratuidad total a todo lo que pudiere ser gratis. Sobrará la plata, porque sueldos altos y gratuidad alta es sinónimo de abundancia. Qué rico. Seremos como Nueva Zelanda, como Suecia, como Suiza, como Noruega, como Canadá, como Australia. Como todos los países cool y millonarios del mundo. At the same time. El descueve.

Gabriel Boric me recuerda a Homero Simpson, el otro gran goloso de la cultura popular.

A Homero le dieron la posibilidad de diseñar el auto perfecto para el estadounidense medio, ya que él representaba mejor que nadie al estadounidense medio. Homero pensó que el estadounidense medio querría tener en su auto un buen sistema de sonido, una instalación para mantener bebidas y cervezas frías, televisor, un mecanismo para poder convertir en cama el asiento para poder tomar una siesta, una cúpula independiente para que los ruidos de los niños no invadieran la paz adulta de los asientos frontales, etc. El prototipo fue bautizado como “The Homer” y llevó a la quiebra a Powell Motors, la compañía que lo fabricó, porque el auto era demasiado caro, impagable, y además era horrible, porque no tenía ninguna coherencia.

Al programa de gobierno de Boric lo bauticé “El Boris”, en honor a “The Homer”. Creo que tiene las mejores intenciones, pero es impagable e impracticable.

Es el problema de los golosos; siempre viven corriendo el riesgo de excederse, de pasarse de rosca. En buena onda y sin mala intención. El punto es que cuando un goloso cruza la línea se convierte en un depredador. Aún recuerdo esa entrevista de culto que le hizo Roka Valbuena a Gabriel Boric en que el candidato reconoce que ha experimentado en todos los ámbitos posibles de la existencia. Boric fluye, fuma, ama, come, desea, aspira, engulle, planea, busca, encuentra, ríe, llora, va, viene, gana, pierde y empata. Juega y no juega. Todo al mismo tiempo.

¡Cresta, parece que Boric es un depredador! Se me rompe el corazón.

Otros candidatos depredadores

José Miguel Insulza llegó a ser el Secretario General de la OEA. Quihubo: un chileno encumbrado en las más altas cumbres de la política mundial. Insulza se desplazaba por las calles de Washington DC en un automóvil oficial con vidrios polarizados conducido por un conductor financiado con los impuestos de los contribuyentes de todos los estados americanos. Vivía en una mansión de varios millones de dólares y tenía una elegante y señorial oficina protocolar y una oficina más piola para trabajo de backoffice.

Nuestro "panzer" llegó a la cima del mundo.

"I'm on the top of the world lookin'/down on creation/And the only explanation I can find/Is the love that I've found, ever since you've been around/Your love's put me at the top of the world".

Canciones así como esa, de The Carpenters, o villancicos en Navidad escuchaba Insulza cuando vivía en la capital del universo.

Pero quería más. "I just can't get enough", de Depeche Mode, aparecía a veces en la radio del auto. O también, "I want it all", de Queen. Por su mente sólo pasaba su imagen con la banda presidencial tricolor sobre su pecho amplio.

Como una Carmela de San Rosendo posmoderna, Insulza vivió todos sus años washingtonianos añorando estar en La Moneda, ejerciendo el poder real-real, no ese sucedáneo edulcorado de ser Secretario General de la OEA, que sonaba bien en el papel, pero que no era otra cosa que ser un secretario, con minúscula, de los deseos de los países que ejercían el poder regional. "Acá la vida es muy sana, pero nunca pasa ná", pensaba a veces en las tardes, mientras degustaba su Cosmopolitan antes de la cena a las 18:00 Eastern Time.

Lo mismo se podría decir de Joaquín Lavín o de Andrés Allamand. Lo hicieron literalmente todo en política, desde el colegio, incluso. Al menos era el caso de Allamand, quien tenía jefe de gabinete en tercero básico ("Elubilla", le decían). Pero ni Lavín ni Allamand estaban satisfechos, y no querían abandonar la cancha

mientras no lograran lo que para ellos era el premio mayor: la Presidencia de Chile.

Pero no hubo caso. O no ha habido caso hasta ahora. “Ain’t over ‘til it’s over”, decía Lenny Kravitz. Piensen en Joe Biden, que consiguió el sueño dorado llegando ya a los 80, en plenos años dorados. Yo sé que Lavín y Allamand miran todo el rato al actual Presidente de Estados Unidos. Y siguen soñando. Como Martin Luther King, ambos tienen un sueño. El sueño.

Distinto es el caso de Pablo Longueira. Lo suyo es más vicio que gula. Tal como yo soy experto en dejar de fumar (he dejado más de 40 veces en mi vida, les puedo compartir el método cuando quieran), Longueira es el mayor especialista que conozco en dejar la política. Lo ha hecho de las maneras más curiosas. Con respeto, con antelación, con escándalo y a quemarropa.

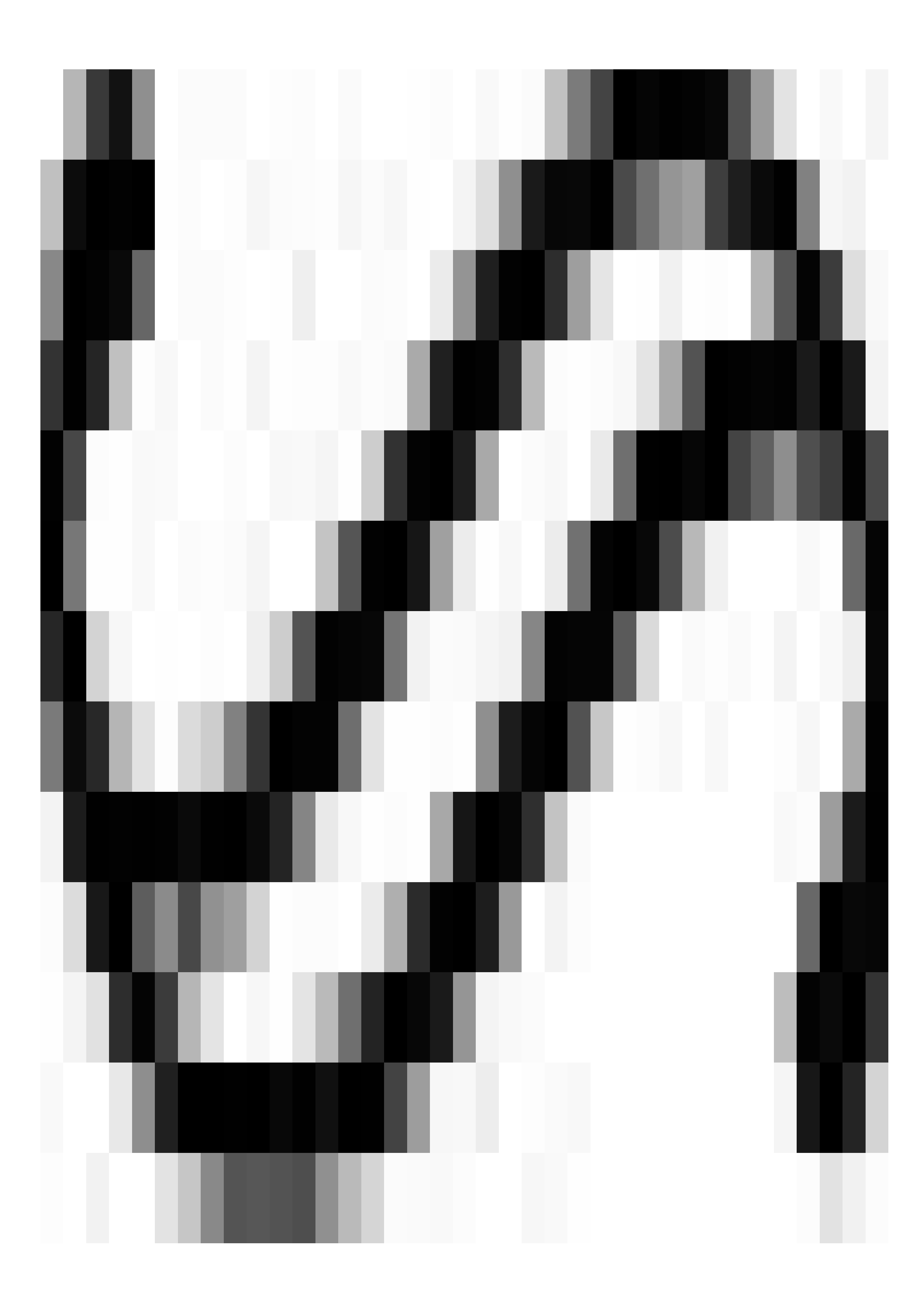
Pero como yo, siempre vuelve a las andanzas. ¿Es pecado tener un vicio? ¡Qué pregunta! Me temo que la respuesta puede poner en entredicho buena parte de este libro, que trata, mal que mal, de personas adictas. Adictas al placer que produce el poder.

Qué momento decisivo para este libro, Dios mío.

Entonces veamos. ¿Dice la Biblia “no fumarás”? ¿Dice la Biblia que “no desearás el cargo de tu prójimo”? No lo dice. Estamos bien. Sigamos en lo que estábamos. En síntesis, varios de los candidatos presidenciales recientes han entrado en la carrera a La Moneda por gula. Y punto.

CAPÍTULO 3

La soberbia



Ricardo Lagos, Manuel José Ossandón, Pamela Jiles, Eduardo Artés

El Estado soy yo

Por favor no tomen a mal lo que estoy a punto de decir, pero creo que Eduardo Artés y Ricardo Lagos se parecen mucho como candidatos presidenciales. Los dos tienen ese modo de profesor antiguo, de esos que te educaban a reglazos. Sienten que ellos se las saben todas, porque lo estudiaron, y que si uno no entiende o no está de acuerdo con ellos es porque es medio leso. O pajarón. Entonces va el reglazo en las manos.

El reglazo hará que el pajarón se despabile y ponga atención y aprenda. Es cierto que al leso el reglazo no le hará mejorar su situación cognitiva, pero como el profesor no tiene manera de saber, así, de buenas a primeras, si uno es leso o pajarón, entonces aplica reglazo no más. Estadísticamente hay más pajarones que lesos y por tanto el margen de error no es tan alto.

Lagos y Artés se enojan cuando uno los contradice. Y los dos lo miran a uno con los ojos medio achinados, como dudando. Y por dentro los dos piensan: "¿Este será webón o se hará el awebonado?". Y les encantaría tener una regla en la mano para hacer su esgrima docente.

En lo otro que coinciden es en su veneración del Estado. Ciertamente hay matices aquí. Lagos cree en un Estado fuerte, poderoso, dominante. Mientras que Artés cree en un Estado todopoderoso e incontrarrestable. Pero los dos lo ponen por sobre el mercado.

Esa actitud autoritaria, antigua, vertical que tanto Lagos como Artés exhiben, junto a sus modales ceremoniosos, les dan a ambos un aire monárquico.

En otra época ambos habrían pensado que "el Estado soy yo" y se habrían creído Luis XIV, el rey sol. Apuesto que les encanta que en su casa les digan "mi rey".

En esta misma categoría de aspirantes a gobernar Chile por el pecado capital de la soberbia están Pamela Jiles y Manuel José Ossandón.

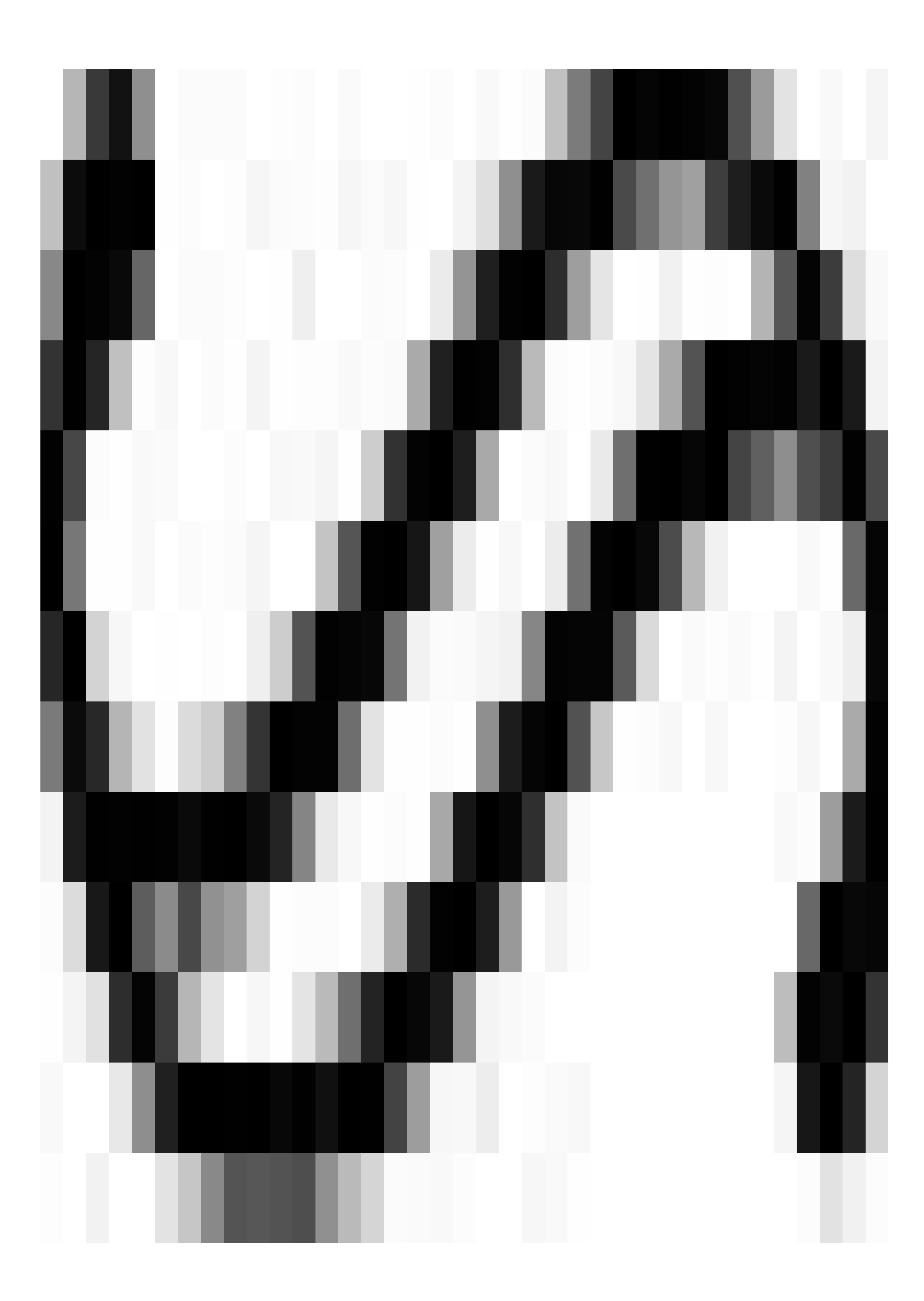
La primera siempre se ha sentido la más regia, la más valiente y la más

discurrida. Se supone la sandía con más pepas, el tarro con más duraznos, el pulpo con más tentáculos, el zapato con más brillo. Y por eso cree que debiese ser Presidenta de Chile. No hay que darle más vueltas al asunto.

El “Cote” Ossandón es bien parecido, pero en una sintonía distinta. También se considera un ser superior, pero en modo remix huaso. Se cree el más chileno, el más gallo, el más derecho, el que ronca más fuerte, el más encachao, el con más calle, el que escupe más lejos, el más conectado con el Chile real. Y por eso se supone que debiese ser Presidente de Chile. No hay que darle más vueltas al asunto.

CAPÍTULO 4

La lujuria



Michelle Bachelet, José Antonio Kast

Dicen que no hay nada más afrodisíaco que el poder. Conozco a un médico que definía la palabra poder como “todo aquello que te permita convertirte en deseable, sexualmente hablando, para otros”. Como esa definición la escuché a mediados de los años ‘90, creo que debo actualizarla, y dejarla así: “todo aquello que te permita convertirte en deseable, sexualmente hablando, para otros, otras y otres”.

Tiendo a estar de acuerdo con esa definición. Hasta antes de escucharla yo suscribía más bien la tesis del filósofo Ricardo Arjona: “El mejor afrodisíaco no son los mariscos sino el amor”. Pero cambié de opinión.

No es raro que personas que han tenido malas experiencias con sus relaciones de pareja tiendan a buscar posiciones de poder para desde ahí tener la capacidad de hacer un mejor casting en la búsqueda de ese esquivo amor que aún no llega.

Es el caso de Michelle Bachelet.

“¿Le pesa no haber consolidado su vida afectiva?”, le preguntaron una vez, en 2002, en una entrevista con la revista Paula, cuando era ministra de Defensa de Ricardo Lagos y se comenzaba a hablar de sus opciones de ser candidata presidencial. Así respondió:

– “Imagino que sí, porque no he podido volver a emparejarme. También tiene que ver con que no estoy buscando, porque no tengo tiempo, y no estoy en esa parada. En ese sentido podría estar desencantada, pero... no sé. Una vez leí en el baño de mujeres de un restorán un graffiti que decía ‘Estoy sola. Duele’. Abajo, alguien había puesto: ‘Estoy acompañada y mi pareja es lo peor. Duele el doble’. Me cargaría quedarme sola por el resto de mi vida, pero entre tener una pareja con la cual no haya ninguna posibilidad de desarrollar una relación hermosa, armónica, adecuada, es mejor estar sola. Pero me encantaría andar de la mano por la playa, bailar con alguien, hacer tantas cosas que me gustan. Yo soy romántica”.

– “¿Ha analizado qué ha hecho mal?”, le insistieron en la entrevista.

– “Elijo mal, pero es una manera de decir. Es como si tuviera una tendencia a tropezar con la misma piedra, porque hay un cierto patrón de persona con la que, por alguna razón, me engancho y después la cosa no funciona”.

Tuvo mala suerte en el amor, pero al menos en ese tiempo Michelle Bachelet tuvo suerte en la política. Logró ganar la elección presidencial de 2005 y en marzo de 2006 juró como la primera Presidenta de Chile. Su llegada a La Moneda es lo más parecido que hayamos visto a una “entronización”. Una nítida mayoría del país la adoraba y por un instante daba la impresión que la promesa de Gabriela Mistral se hacía realidad: “Michelle era la reina de Chile”.

Su primer gobierno transcurrió sin grandes sobresaltos y dejó el poder envuelta en una altísima popularidad, pese a que no logró impedir que la oposición se hiciera del gobierno. Tuvo que entregarle la banda presidencial a Sebastián Piñera en marzo de 2010.

Ahí volvieron a preguntarle los periodistas qué haría ahora que dejaba el poder, cuál era su sueño futuro ya que lo había conseguido todo y miraba la vida desde un pedestal inmejorable. Volvió a decir que su sueño era caminar de la mano con una pareja. Agregó un detalle: “por una playa o una isla desierta”.

Lo cierto es que Michelle Bachelet sí se fue a vivir a una isla poco después de dejar La Moneda. Claro que escogió una bastante poblada, la de Manhattan, en Nueva York, y se rumorea que sí estuvo “bien acompañada”.

Pero cayó en la trampa mortal de querer repetirse el plato. Dejó la isla y se vino a Chile para ser Presidenta por segunda vez. Ya sabemos que las cosas no salieron bien. La “maldición del segundo período” la golpeó con fuerza y la era “Bachelet 2” se transformó en un infierno. Salió mal de La Moneda y le entregó nuevamente la banda a Sebastián Piñera.

Le volvieron a preguntar los periodistas qué pensaba hacer con su futuro. Esta vez la respuesta fue en “off the record” y dicen que dijo: “no quiero ná”. Juró jamás volver a ser candidata a ningún cargo de representación popular y trató de recuperar el encanto de su anterior trabajo en la ONU. Pero ya no había opción de isla desierta ni de un moreno caminando por la arena. Partió a Suiza, un país

sin mar que es el antónimo de una isla. Es más bien un centro neurálgico... de día. De noche, en cambio, Ginebra tiene menos onda que la discoteca de Chaitén y los carretes más desatados terminan antes de la medianoche. Encontrar pololo en Ginebra debe ser casi imposible.

Está más que claro. La “maldición del segundo período” no consiste solamente en arruinarle el último mandato al gobernante, sino también en estropear la razón que motivó todo.

***

El caso de José Antonio Kast es similar. Pero distinto.

Me explico. Michelle Bachelet siempre ha sido una mujer atractiva, en cambio para JAK la conquista amorosa siempre fue un tema escabroso, pese a su buena pinta. El problema fue la timidez y el “temor de Dios”.

Su timidez era esencialmente lingüística. Él era lo contrario a la mayoría de las personas, que usualmente tienen una boca más veloz que el cerebro. Es decir, hablan antes de terminar de pensar lo que quieren decir. JAK era al revés: “sobrepensaba las cosas” y luego su boca se negaba a echar fuera el discurso que tenía preparado. Es lo que uno podría denominar analógicamente como el fenómeno “JAKino acumulado”. A veces, eran tantas las ganas que tenía de decir algo que cuando su boca se negaba a emitir sonido eran sus ojos los que hablaban. Y por eso, si lo miran con atención, se darán cuenta de que sus globos oculares son extremadamente expresivos. Gritones, incluso.

Es obvio que esa timidez la superó. Hoy se le ve actuar con total desplante y es notorio que logró sincronizar su mente con su boca. Pero a veces sus ojos siguen gritando. Es que el ser humano nunca termina de pulirse.

Pero el “temor de Dios” es otro cuento. Eso cuesta mucho más que se pase. Y es ahí donde radica su “tema”.

El “temor de Dios” existe en casi todas las religiones. En algunas se presenta como un respeto reverencial hacia la deidad. En otras es miedo puro y duro.

Miedo al juicio final, al infierno. Esta segunda acepción es la que, creo yo, somete los designios de JAK.

Para evitar la ira de Dios, José Antonio ha procurado cumplir fielmente con los Diez Mandamientos de su fe: Amarás a Dios sobre todas las cosas; No usarás el nombre de Dios en vano; Santificarás las fiestas; Honrarás a tu padre y a tu madre; No matarás; No cometerás actos impuros; No robarás; No darás falso testimonio ni mentirás; No consentirás pensamientos ni deseos impuros; No codiciarás los bienes ajenos.

Como en el fútbol, los números que más le cuestan a JAK son el 6 y el 9, por su doble condición de "perno coquetón" y de "rucio pasional". Sí, como lo oyen, Kast es un sujeto dotado de un mayúsculo apetito sexual.

¿Cómo administrar ese atributo que -no podría ser de otro modo- Dios le dio? Eligiendo bien a su compañera romántica, porque su única opción sería la monogamia, sin plan b, ni "otras capillitas" que visitar más allá de la catedral. Sólo habría una casa matriz, sin sucursales ni pedidos de provincia.

Dicen los entendidos que mantener a una sola mujer feliz es mucho más difícil que escoger una vida de "encuentros casuales intermitentes". No sólo se requiere una cierta condición física, también creatividad y talento.

Kast eligió como su pareja a María Pía, una mujer tan piadosa como hermosa. Su devoción por ella es casi religiosa y mucha gente que los conoce opina que todo lo que JAK hace, lo hace por ella. Como Bryan Adams, cuando confesaba que "Everything I do I do it for you".

Para nunca descuidar a María Pía, con quien tiene nueve hijos, desde muy pronto en el matrimonio establecieron los "martes de pololeo", en los que pase lo que pase los dos se juntan "a pololear", whatever that means. Kast ha sido un marido amoroso y preocupado, buen padre y mejor administrador de la hacienda familiar.

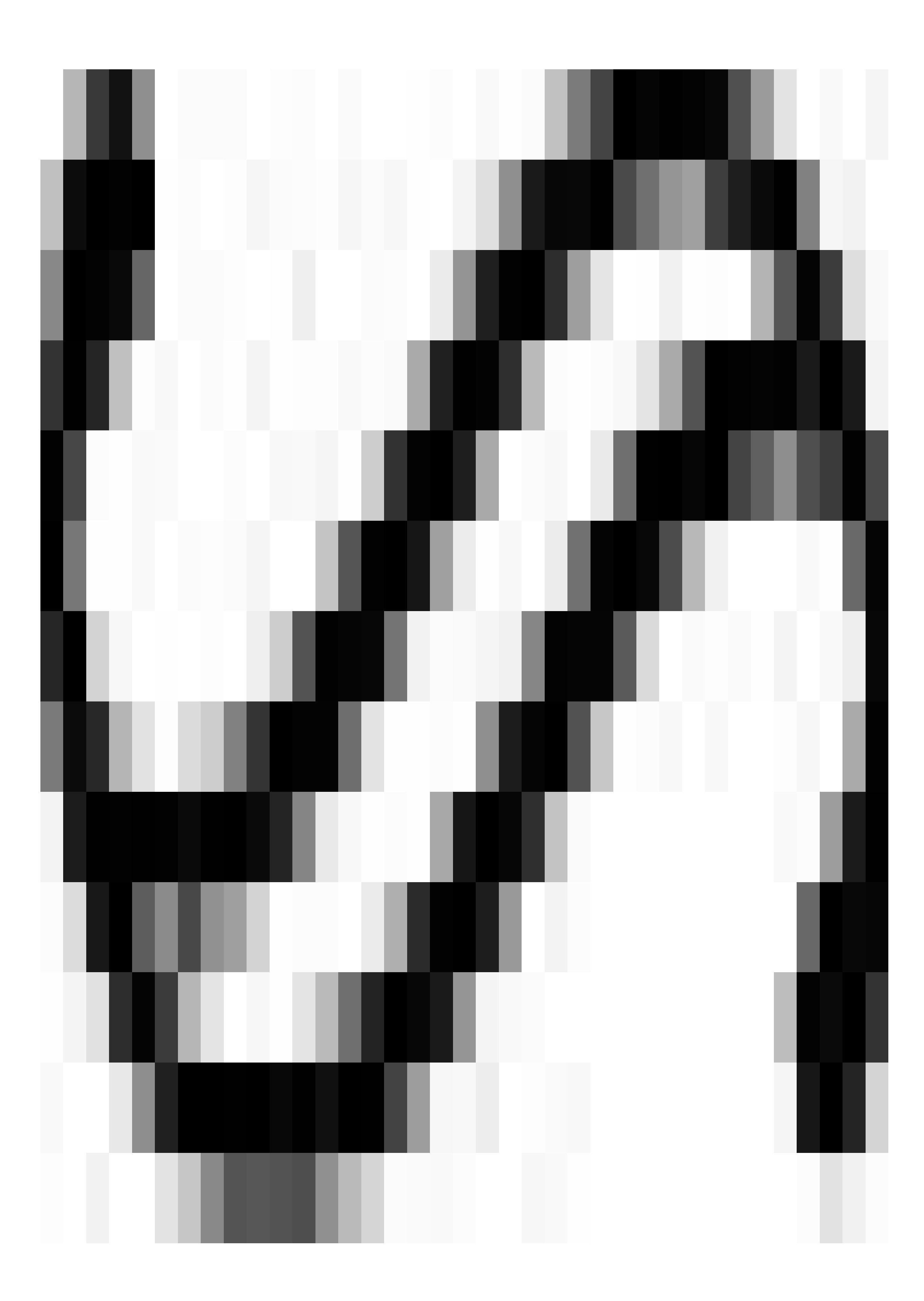
Pero los años pasan. El atractivo físico (y la potencia) declina de manera inversamente proporcional al abultamiento de la barriga. Las historias que antes sonaban fascinantes comienzan a sentirse repetitivas. Y la llamita del calefont se va encogiendo… o replegando.

Y es aquí donde volvemos al principio que inspira este capítulo: el poder. Porque

no hay nada más afrodisíaco que el poder. Si me apuran, yo apostaría a que JAK quiere ser Presidente de Chile, principalmente, para seguir siendo sexy para María Pía. Es lo que pienso, aunque suene matapasiones.

CAPÍTULO 5

La pereza



Alejandro Guillier, Beatriz Sánchez, Yasna Provoste, Eduardo Frei Ruiz Tagle, Arturo Frei Bolívar

Según Wikipedia (y utilizo esta fuente porque es este el capítulo en que me toca hablar de Yasna Provoste, principal embajadora en Chile de ese sitio online), esto es lo que significa la pereza:

“Es la negligencia, astenia, tedio o descuido en realizar actividades. La religión católica clasifica la pereza como un vicio capital, ya que genera otros pecados, si bien antiguamente se la denominaba acedía o acidia, concepto más amplio que tenía que ver con la tristeza o la depresión.

(...)

A las personas que evitan realizar cualquier actividad de las cuales el beneficio no sea al instante se les llama vagas, perezosas, holgazanas, gandules, haraganas, procrastinantes o dejadas. Las causas para tener dicha tendencia pueden ser variadas, desde mala alimentación o enfermedades o simplemente que las actividades que realizan no les resultan beneficiosas”.

Es interesante la explicación. Pero para los efectos de este capítulo definiremos la pereza a nuestro modo, como flojera. Ahora bien, esa flojera puede tener su origen en dos fenómenos distintos: por estar uno acostumbrado a la comodidad crónica o por sufrir de cansancio crónico. Al final del día, las dos causas conducen a lo mismo: a la falta de iniciativa personal y al inmovilismo, pero es cierto que moralmente ambos fenómenos pueden ser evaluados de manera disímil.

La flojera-por-comodidad-crónica suele presentarse en personas que nacieron en cuna de oro, a quienes criaron entre algodones, que nunca recibieron un no por respuesta y que lograron casi siempre hacer lo que se les dio la gana. Esas personas no tuvieron que trabajarle un día a nadie, no supieron conjugar el verbo apatronado y la vida se les presentó hacia adelante con puras luces verdes.

La flojera-por-cansancio-crónico, en cambio, es un fenómeno que padecen personas afectadas por lo que se conoce como el "síndrome de burnout", es decir que viven en un estado de total agotamiento, físico, emocional y mental, debido a que se sobre-exigieron durante mucho tiempo o porque vivieron en constante insatisfacción profesional o familiar.

Miremos el caso del senador Alejandro Guillier, por ejemplo, quien intentó sin éxito convertirse en Presidente de Chile.

Hubo una época larga en que se desempeñó como periodista de un modo razonablemente competente. Ejercía los tres géneros clásicos de su oficio (Informativo, Interpretativo, Opinión) cuidando las formas y tratando de mantenerse dentro de los límites de la "objetividad".

Hablo de "objetividad" entre comillas, porque la objetividad sin comillas no existe para el periodismo. Como el periodismo es un oficio ejercido por "sujetos" es esencialmente "subjetivo" pese a los esfuerzos de los reporteros por actuar como "objetos". Ese ejercicio, tratar de actuar como "objeto" cuando uno es un "sujeto", es una verdadera pega, y requiere método y disciplina.

Uno de los primeros signos de fatiga de un reportero viejo es que comienza a dar rienda suelta a su total subjetividad. No lo hace por maldad, sino por cansancio. Por el "síndrome de burnout".

Y de ahí se llega a la pereza.

La pereza a veces se confunde con el cansancio. La diferencia entre ambas es que el cansancio se pasa tomando buenas vacaciones o durmiendo 10 horas de corrido o tomando tres siestas. La pereza, en cambio, es endémica.

Guillier fue un reportero decente que de pronto se cansó. Seamos justos; no fue así, de pronto, que se cansó, sino que después de varias décadas de esfuerzo permanente. Es que el periodismo es mata-hombres, como decía un amigo que, siendo abogado, se dedicó al periodismo. Y es verdad. He conocido a cientos de periodistas en mi vida y ya estoy acostumbrado a detectar el momento en que se funden y entran en estado de burnout. Y así es como se vuelven opinantes y la gente cree que son sesgados y que se prestan para hacer operaciones políticas. Yo entiendo a la gente, pero eso es un error de percepción.

Seamos más indulgentes con Fernando Paulsen (que se ganó su derecho a

cansarse después de una larga y angosta faja de carrera de periodismo), o con Julio César Rodríguez o con Daniel Matamala (quienes sufrieron un extraño caso de síndrome de burnout precoz).

Cuando un periodista se cansa de manera inmoderada puede terminar convirtiéndose en político. Ahí uno llega a la UTI, a la cama crítica del síndrome de burnout periodístico. En la mayoría de los casos un periodista no se recupera cuando llega a esa condición tan grave. Y fallece como periodista. Y es condenado a pasar el resto de sus días en el infierno de la política profesional. Eso es, tristemente, lo que le pasó a Alejandro Guillier. También a Beatriz Sánchez, por cierto. Hay más casos, pero por ahora ninguno ha llegado tan lejos como ellos en el intento de convertirse en Presidente de Chile.

***

A Yasna Provoste la candidatura presidencial le llegó de regalo. Esto a algunos les sonará inverosímil, pero se la regaló el Presidente Sebastián Piñera. Quienes han seguido de cerca la actualidad nacional saben de lo que hablo. Cuando Yasna se convirtió en presidenta del Senado, Piñera urdió la estrategia de hacer una alianza con ella para evitar que el Congreso siguiera aprobando retiros de ahorro para la vejez desde las cuentas de capitalización individual de las AFP. Eso estaba destrozando la economía, por la vía de hacer subir la inflación por exceso de liquidez y por el desfonde del mercado de capitales, esencia misma del “milagro chileno” de desarrollo.

El deal era simple: llegarían ambos a un acuerdo que se llamó de “mínimos comunes”, consistente en frenar nuevos retiros de fondos a cambio de que el gobierno aprobara un millonario plan de transferencias directas de dinero a casi el 90 por ciento de la población del país. Era un verdadero win-win: el Presidente Piñera salvaría a la economía y la senadora Provoste se alzaría como una estadista, capaz de alcanzar un entendimiento -con una administración a la que se oponía con fuerza- por el bien de los chilenos, que recibirían dinero “a la vena” por varios meses.

Pero la situación se pasó de rosca. El acuerdo con el Presidente le sirvió sólo de trampolín electoral a Yasna Provoste, ya que ella siguió apoyando los retiros de

las AFP pese a que el gobierno había cumplido con su parte de entregar miles de millones de dólares en bonos Covid.

Provoste hizo su “gambito de Yasna”, como titulé la columna sobre el tema en su momento, y le hizo jaque mate al gobierno. Y sin mover un dedo. Porque el gobierno hizo todo por ella.

¿Debió Yasna Provoste buscar una ruta distinta para tratar de convertirse en Presidenta de Chile; un camino propio, sin utilizar el trampolín que le puso a disposición Sebastián Piñera? Yo opino que sí. Nunca ha sido estético utilizar atajos en la vida y menos cuando a uno lo dejan pasar por el terreno del adversario para ganar la carrera.

Pero también entiendo a Yasna. Solo piensen en la trabajosa existencia política que le tocó. Ha dedicado casi su vida entera a trabajar en el gobierno, en distintos cargos. Incluso llevó a su marido y a muchos de sus amigos a trabajar al Estado. Han sido varias vidas completas dedicadas al servicio público. ¿Y cómo paga la administración pública? Con sumarios administrativos de la Contraloría, con acusaciones de corrupción, con desprestigio. La propia Yasna Provoste, en su anterior encarnación como ministra de Educación, terminó destituida por el mismo Senado que luego llegó a presidir debido a una investigación de la Contraloría que detectó irregularidades por más de 600 millones de dólares. A su marido le ocurrió lo mismo, la Contraloría fue a por él y ha debido soportar años de persecución.

Así cualquiera se funde. Y sufre síndrome de burnout político. Y termina aceptando la invitación de su archirrival Sebastián Piñera para subirse al trampolín y saltar hacia la carrera por la conquista de La Moneda.

***

El caso de Eduardo Frei Ruiz-Tagle es muy distinto. Lo que le pasó a él es que un día los amigos de su padre, que también eran más o menos amigos suyos, decidieron que sería buena idea que él fuese Presidente de Chile. Y fueron a su casa a preguntarle. Y él dijo “conforme”, apretando los labios, como diciendo, “no pierdo nada”. Y entonces sus amigos hicieron la campaña y el programa de

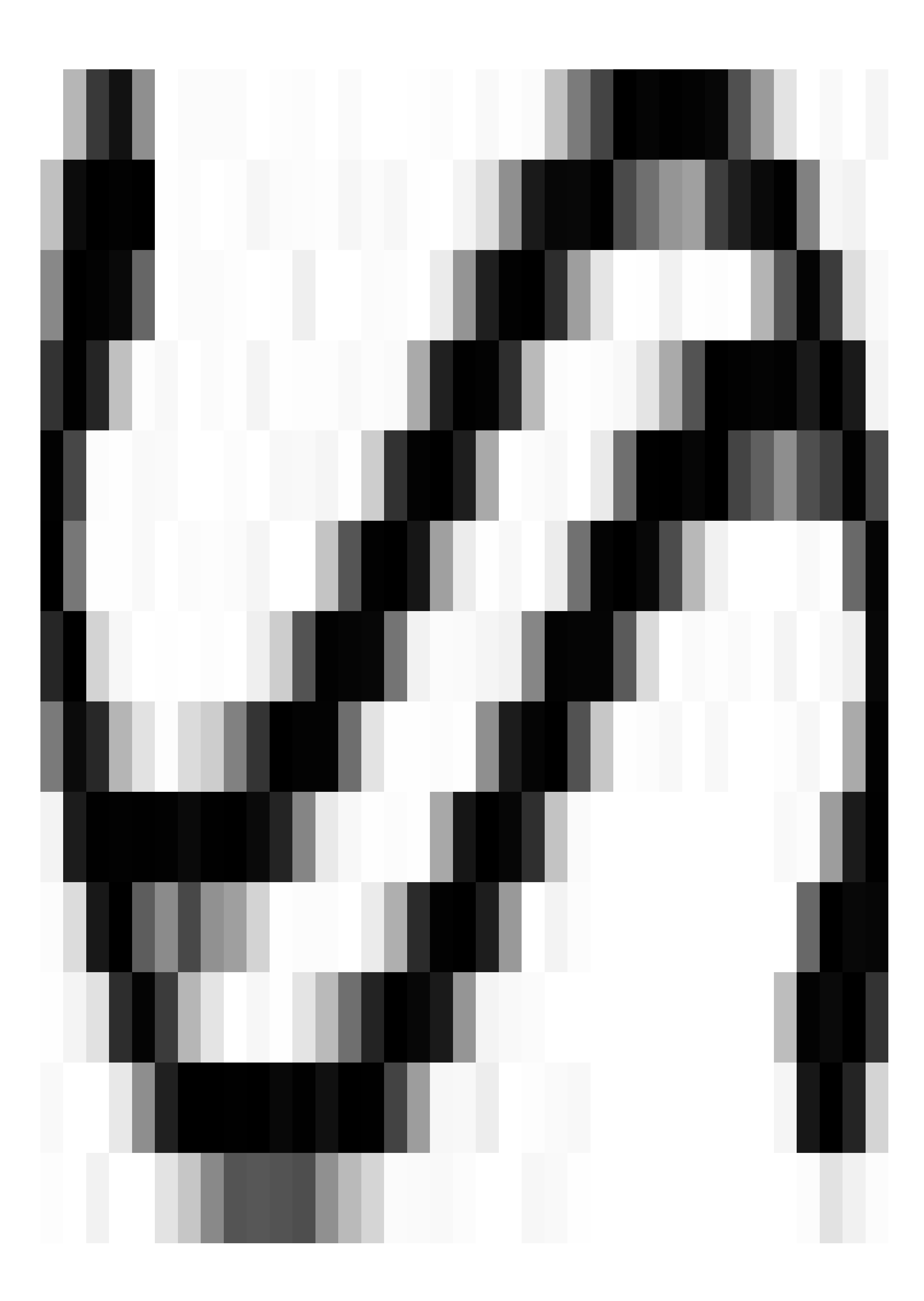
gobierno y armaron los seis años de mandato.

El caso de Arturo Frei Bolívar es parecido, pero con menos amigos y menos talento y menos suerte.

Así fue la cosa.

CAPÍTULO 6

La envidia



Sebastián Piñera, José Piñera, Ximena Rincón, Carolina Goic, Marcel Claude, Alfredo Sfeir, Tomás Hirsch, Sara Larraín

Sé lo que están pensando. Creen que me equivoqué en catalogar en este capítulo a Sebastián Piñera. “Yo habría dicho que Piñera debería estar en avaricia”, están pensando ahora mismo. Pero están equivocados. He pensado mucho en esto. He observado al personaje durante mucho tiempo, años, y sé lo que hago. A él le corresponde estar aquí. ¿Por qué? En simple, porque el avaro es un tipo más bien pasivo, amarrete hasta con su tiempo y su energía, como veremos en el próximo capítulo. En cambio Piñera es un sujeto hiperactivo, hiperventilado, ansioso, busquilla. Y su motor es la envidia.

Sebastián Piñera sintió una profunda envidia, primero, por Patricio Aylwin. En las noches no lograba conciliar el sueño pensando cómo podía hacer él para que le dijeran “justo y bueno”, como consideraban a Aylwin sus partidarios. ¿Habrá sido su manera de hablar, pausada y sonriente, como cura jesuita, o su forma de vestir tan austera, con ropa que parecía quedarle chica, pelotilluda, y que había pasado de moda hacía décadas? Como sea, nunca logró imitar decentemente a Don Pato. Partiendo porque Piñera siempre ha usado una o dos tallas de ropa más grandes de lo que debiera. Hace eso por su envidia a los flacos y atléticos. Quizás pensó que si uno se ve como “nadando” dentro de la camisa proyecta la sensación de delgadez interior de la “percha”.

Luego Piñera envidió a Eduardo Frei. Como no había una dinastía de “Piñeras” con el abolengo que le daba a Frei ser hijo de Eduardo Frei Montalva, Sebastián Piñera se las arregló para ir a buscar alcurnia a algún lugar donde nadie más le pudiera competir. Y así dijo haber encontrado un árbol genealógico que lo conectaba directamente con el inca Huayna Cápac. Esa marca no se la podrá nunca nadie igualar.

A Ricardo Lagos lo envidió más que a nadie. Practicó mil veces frente al espejo el gesto del “Dedo de Lagos”, que consiste en apuntar a una cámara de televisión durante una transmisión en vivo interpelando a alguien poderoso.

“Le voy a recordar, general Pinochet, que el día del plebiscito de 1980 dijo, Presidente Pinochet, no sería candidato en 1989 […] Y ahora, le promete al país otros ocho años con tortura, con asesinato, con violación de los derechos humanos. Me parece inadmisible que un chileno tenga tanta ambición de poder, de pretender estar 25 años en el poder”.

Quizás cuántas veces vio Piñera el video de ese programa de televisión en que Lagos, con la cadena de la bicicleta totalmente suelta, entraba a la historia de Chile y pavimentaba su futura campaña presidencial, mientras la periodista Raquel Correa le golpeaba el brazo y le decía “¡Ricardo!”, para que se sosegara, y este seguía de largo, pasándose pueblo tras pueblo: “¡Excúseme, Raquel, hablo por 15 años de silencio!”.

Qué momento. Y qué envidia.

Piñera también sintió celos de Michelle Bachelet. Ella no tenía un doctorado en Harvard, ni miles de millones de dólares de patrimonio, ni un matrimonio afiatado, ni una trayectoria destacada en política. En el papel, tenía poco que envidiarle. Pero Piñera sabía que ella poseía un talento clave: astucia comunicacional. En eso no le ganaba nadie.

¿A quién más que a ella se le podía ocurrir subirse a un vehículo blindado del Ejército para construir su plataforma política? Ella entendió antes que mucha gente, en el mundo incluso, que lo que la llevaba en su época de gloria, al comienzo del siglo XXI, era el crossover, es decir la capacidad de conectar mundos opuestos.

Ella, que culpaba a los militares por la muerte de su padre, del exilio de ella y su madre; ella, que había defendido la tesis de derrocar al gobierno militar utilizando todas las formas de lucha, incluido el uso de las armas, ahora, como ministra de Defensa, se mostraba dialogante y cordial con los que debían ser sus enemigos. Porque Bachelet no sólo se subió al Mowag del Ejército, también ayudó a la mismísima Fuerza Aérea, la organización que supuestamente traicionó a su padre, a renovar su flota de aviones.

Esa misma Bachelet fue la que patentó el gesto de llevarse las manos juntitas al corazón para agradecer un aplauso. La misma que les decía a los candidatos al parlamento que “el delantal blanco de médico es grito y plata en Chile”.

Pero el máximo hit comunicacional de Bachelet fue su inolvidable “me enteré por la prensa”. Sebastián Piñera, el único sucesor que ha tenido hasta ahora Michelle Bachelet, aprendió toneladas de ella. Incorporó su “me enteré por la prensa” y le resultó de gran utilidad en la política y en la vida.

Pero Sebastián Piñera también envidió a José Piñera, tanto como José Piñera envidió a Sebastián Piñera. Eso también explica que ambos tuviesen la ambición

de llegar a la Presidencia de la República de Chile. Sólo uno de los dos lo logró. Pero apuesto a que el que no lo consiguió no siente hoy envidia respecto del modo en que ejerció el cargo quien sí lo hizo.

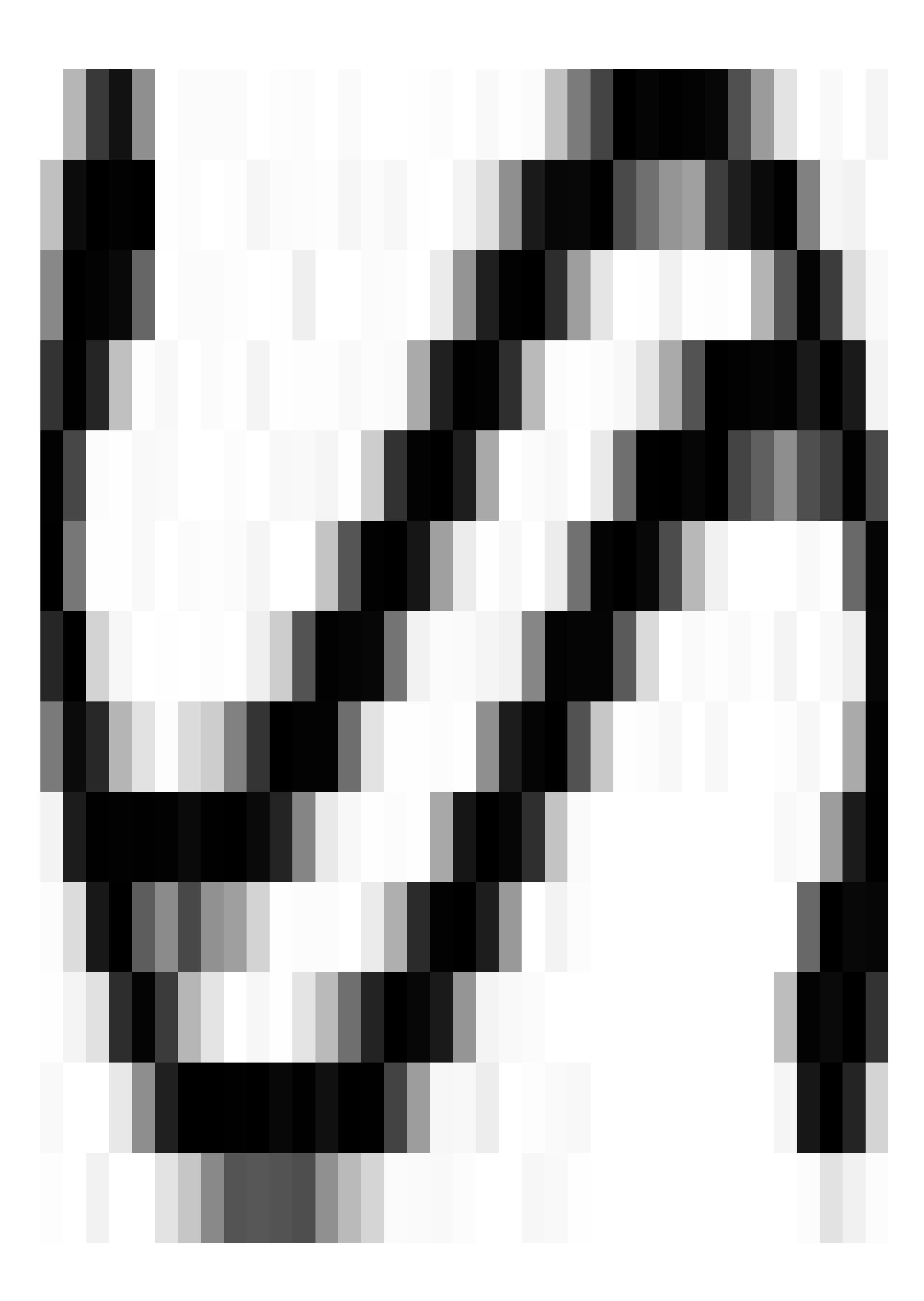
***

Si hablamos de envidias mutuas que precipitan carreras presidenciales es preciso mencionar los casos de Carolina Goic -la rubia natural de la DC- y de Ximena Rincón -de quien no se puede decir lo mismo. Hicieron carreras muy distintas dentro del partido, pero a la larga llegaron donde mismo. Al Senado y a la lucha por La Moneda.

La envidia fue asimismo el móvil de todos los “ecologistas-humanistas” que buscaron la Primera Magistratura: Marcel Claude, Alfredo Sfeir, Tomás Hirsch, Sara Larraín, Cristián Reitze. De algún modo u otro, buscaron imitar al único de verdad: Manfred Max-Neef. El gran “Freddy”, como le decían sus amigos, llevaba un colmillo de lobo colgando de su cuello. Cuando alguien le reprochaba -desde el incipiente animalismo de principios de los ‘90-, que luciera el vestigio de un animal muerto como amuleto o chiche, respondía con sabiduría y calma: “los animales también se mueren de viejos”. Max-Neef no usaba el ecologismo como bandera de lucha de moda. Pero eso hoy a nadie le importa.

CAPÍTULO 7

La avaricia



Marco Enríquez-Ominami, Franco Parisi, Diego Ancalao, Alejandro Navarro, Francisco Javier Errázuriz

El adjetivo avaro tiene dos significados, según el diccionario convencional. El primero se refiere a una persona que ansía poseer muchas riquezas por el solo placer de atesorarlas sin compartirlas con nadie. El segundo plantea la actitud de una persona que reserva, oculta, o escatima alguna cosa.

Lo que no hace el diccionario es tratar de explicar por qué alguien se vería arrastrado hacia la avaricia. Sé que hay muchas posibilidades para explicar por qué alguien es avaro, pero para los efectos del ejercicio que intentamos hacer en este libro partiremos señalando a las deudas como el causante de un vicio tan feo como la avaricia.

Pensemos en Marco Enríquez-Ominami. Como a todo gran deudor le debe haber costado conciliar el sueño algunas noches. O habrá despertado bañado en sudor después de soñar que caía por un acantilado, sabiendo que era el fin, pero sin tocar nunca el suelo para terminar de una vez con la tortura del vacío. Es que así son las deudas: un suplicio chino donde lo peor es el sufrimiento perpetuo. Mientras uno no logre pagar la deuda, la tortura no termina. Es cuestión de ver la serie de Netflix “El juego del calamar”, donde personas desesperadas por las deudas están dispuestas a hacer lo que sea, incluso morir, para librarse.

La deuda de ME-O es con su cónyuge, que ha sido el sostén del hogar familiar durante muchos años. También con su madre y su padrastro, que debieron entregarle fondos de ayuda internacional destinada a combatir la dictadura para apoyarlo a lanzar su emprendimiento de documentales. Está en deuda con empresarios y con gobernantes foráneos que arriesgaron la cárcel y dinamitaron su prestigio personal por financiar sus inclaudicables aventuras electorales.

Por eso ME-O se presenta una y otra vez como candidato presidencial, porque de ese modo puede recaudar dinero para no tener que seguir dependiendo de los mecenas que ha tenido en la vida gracias a su talento para encantar serpientes.

En simple, la carrera presidencial es un empleo para ME-O, con eso se gana la vida y puede amortizar al menos una pequeña dosis de su deuda, que no creo termine nunca de pagar.

***

El caso de Franco Parisi es similar al de ME-O, pero con matices. No es que a Parisi le hayan faltado pegas buenas o que no haya tenido la ocurrencia de inventar negocios express o que no sepa cómo se hace una “pasada”. En asuntos comerciales es el mejor de todos los candidatos presidenciales, ever. El problema con Parisi son sus gustos caros. Esa es su perdición. Franco es el tipo de personas que puede tomar vino en caja de $1.990 durante años sin deprimirse, pero el día en que degustan un vino premium de $80.000 se van al carajo. Ya no hay vuelta atrás. Es, como la droga, un camino sin regreso.

Eso le pasó a Parisi, entró al “distrito del lujo” de la existencia y ya no pudo salir. Ahora vive como en un videoclip de reguetonero, donde los yates, los escotes, la champaña francesa y los convertibles tienen más primeros planos que las personas.

La tragedia es que mantener un ritmo de gasto de esas proporciones es cuesta arriba. Por eso a Parisi no le ha quedado más opción que ser candidato presidencial en Chile. En este país el Estado te financia la campaña y si la sabes hacer puedes terminar con muy buena plata en caja.

Para ser franco, Franco es un crack. Valga la redundancia.

Franco Parisi es tan bueno en esto que tiene discípulos. Su ex socio Gino Lorenzini trató de imitarlo, sin éxito la primera vez, pero estoy seguro que intentará correr de nuevo. Lo mismo buscó Diego Ancalao, el candidato mapuche de la Lista del Pueblo que quedó fuera por presentar firmas truchas ante el Servicio Electoral. Su principal patrocinador, el constituyente Rodrigo Rojas Vade (Pelao Vade), gran figura de la Lista del Pueblo y de las protestas en Plaza Italia, terminó poco después desenmascarado en público como un impostor, por fingir que tenía un cáncer. Ese también era un modelo de negocios: salir a dar pena para hacer colectas y así recaudar y conseguir al mismo tiempo los votos para acceder a un cargo público bien remunerado.

En todo caso, convengamos en que lo de Parisi es harto más elegante que la versión punga de Ancalao y Pelao Vade.

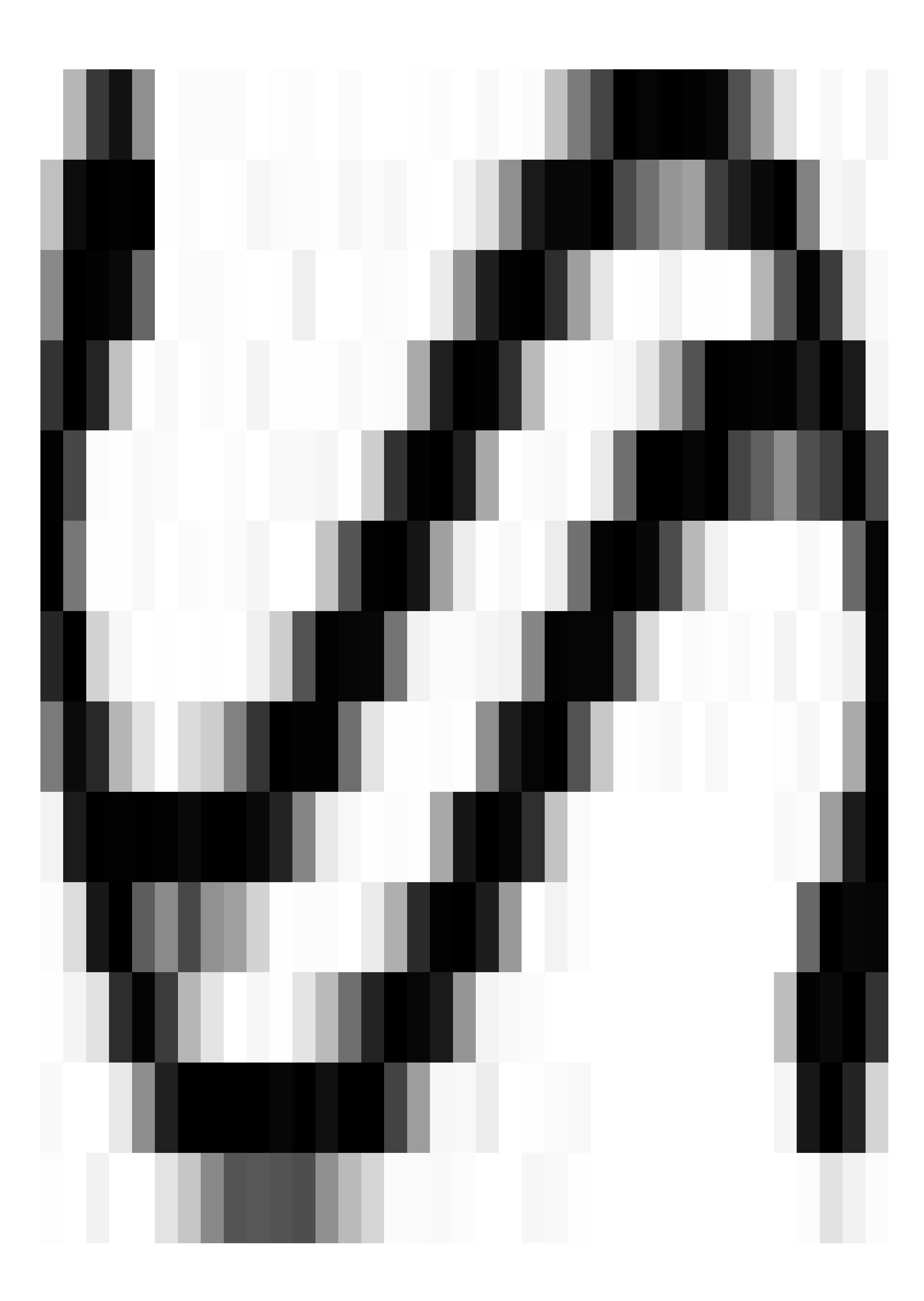
Hay más modalidades de candidaturas presidenciales movidas por la avaricia gatillada por deuda. Alejandro Navarro, el senador chileno-chavista, le vendió el alma al diablo, a Hugo Chávez, para que este le financiara su actividad política.

El gobernante venezolano murió, pero sus herederos han seguido cobrando a los morosos. Porque, como dijimos, el gran inconveniente con las deudas es que te persiguen hasta el final. A menos que pagues. Pero como los intereses son tan altos, la valla nunca termina de subir.

Es lo que yo llamo un verdadero conflicto de intereses.

CAPÍTULO 8

Todos íbamos a ser burros



Quienes lo conocen sostienen que el Presidente Sebastián Piñera tiene tres teléfonos celulares, desde donde administra cientos (sí, cientos) de grupos de WhatsApp. Una persona que me merece confianza me reenvió un mensaje que el Mandatario mandó al menos a uno de esos grupos, compuesto por más de 80 personas. Decía: “Así estamos en Chile” y esa frase acompañaba una ilustración de la Fábula del Burro, el Niño y el Anciano.

Esa fábula milenaria cuenta la historia de un niño que junto a su abuelo viajan de pueblo en pueblo para vender mercaderías llevando con ellos a un viejo burro. Después de un par de kilómetros de marcha, el anciano se monta sobre el burro para hacer más llevadero el trayecto hasta la primera estación.

Pero al llegar al pueblo comenzaron a escuchar murmullos. “Pobre niño, él va caminando mientras el viejo va cómodamente sentado, es un abuso infantil”, decía la gente.

Para acallar las críticas el abuelo decidió bajarse del burro y subir a su nieto a la montura. Así siguieron al siguiente pueblo. En la misma entrada comenzaron las críticas de los transeúntes: “Qué niño más maleducado, él va cómodamente sentado y el pobre viejo caminando”.

Para acallar las críticas hacia el niño, el abuelo decidió subirse al burro junto a su nieto y así siguieron hasta el siguiente pueblo.

En la tercera aldea los cuestionamientos fueron aún más explícitos. “¡Cómo abusan de ese pobre animal sentados los dos sobre su lomo!”, gritaba la gente.

Para acallar las críticas, el abuelo y el nieto se bajaron del burro y decidieron seguir la marcha caminando.

Ya exhaustos, ingresaron al cuarto pueblo. Ahora eran risas sarcásticas lo que recibieron. “¡Miren el par de estúpidos, tienen un burro y prefieren arrastrar los pies cansados en la tierra en vez de usarlo!”.

Quienes leyeron el mensaje del Presidente entendieron a lo que se refería. Comprendían su frustración por las permanentes críticas que recibía pese al buen desempeño que mostraba su gobierno en el combate contra la pandemia de Covid-19.

El Presidente era criticado por no decretar suficientes cuarentenas. Después le reprochaban tener a la gente confinada por demasiado tiempo debido a las cuarentenas. Lo cuestionaban por comprar demasiados ventiladores mecánicos y enfocar la lucha más en la hospitalización de enfermos que en la prevención de los contagios. Luego le echaban en cara comprar vacunas chinas en vez de estadounidenses o vice versa.

Meses antes de que se desatara la epidemia causada por el coronavirus, el Presidente se había sentido igual, cuando recibía ataques desde todos los sectores por su manera de administrar la crisis social desatada desde el 18 de octubre de 2019. Algunos lo acusaban de reprimir con demasiada dureza las protestas, al punto de denunciar abusos contra los derechos humanos, mientras otros le achacaban una actitud pusilánime frente a la violencia desatada en las calles y su falta de decisión para usar la fuerza pública y restituir el orden.

“Palos porque bogas y palos porque no bogas”, pensaba el Presidente, echando mano a su buen catálogo de dichos llenos de sabiduría.

El Mandatario sentía, honestamente, en un intento de observar los acontecimientos con la mayor objetividad, que había actuado de la mejor forma disponible tanto en el llamado “estallido social” del 18 de octubre, como en la pandemia que golpeó al país cinco meses después. Era cuestión de comparar su desempeño, en circunstancias similares, con el de otros gobernantes en el mundo. Recopiló gran cantidad de evidencia empírica al respecto; informes, gráficos, estadísticas. Dato duro, fuentes sólidas.

Pero no había caso que la gente le reconociera eso. Sólo lo criticaban; por esto y por lo otro, porque sí y porque no. Entonces se desahogaba enviándoles a todos sus conocidos la evidencia empírica reunida, para que al menos ellos se convencieran de lo que era obvio para cualquier observador imparcial.

Y cuando su frustración ya se le hacía insoportable optaba por enviar material de carácter más filosófico o metafórico, como la Fábula del Burro.

Uno de los usuarios de uno de los cientos de los chats del Presidente, también frustrado por lo que veía en el país y en la actitud del gobernante, tuvo la osadía de responder al post de la Fábula del Burro.

Le envió una fotografía de una página web de una universidad española que decía esto:

“La paradoja del asno de Buridán o cómo tomar decisiones acertadas.

Cuenta la paradoja del asno de Buridán, que un burro que tenía mucha hambre no llegaba a decidirse entre dos sacos llenos de heno que tenía a su alcance, a su derecha y a su izquierda, pues ambos eran idénticos e igualmente apetecibles. Llegó hasta tal punto su vacilación que acabó muriendo de hambre, incapaz de tomar una decisión”.

Ante el estupor del grupo de chat, otro miembro agregó un siguiente post:

“Su nombre se asocia también a un experimento mental conocido como ‘La paradoja del asno de Buridán’, a pesar de que no se recoge en ninguna de las obras conocidas de este filósofo. Sin embargo, un problema similar aparece en el tratado ‘Sobre el cielo’ de Aristóteles (384 a. C.-322 a. C.), en un momento en el que su autor se preguntaba sobre cómo un hombre sediento y hambriento, situado a la misma distancia de una mesa llena de alimentos y otra llena de bebidas, se las arreglaría para escoger entre ambas ofertas… Y concluía que, necesariamente, ¡se mantendría inmóvil!”.

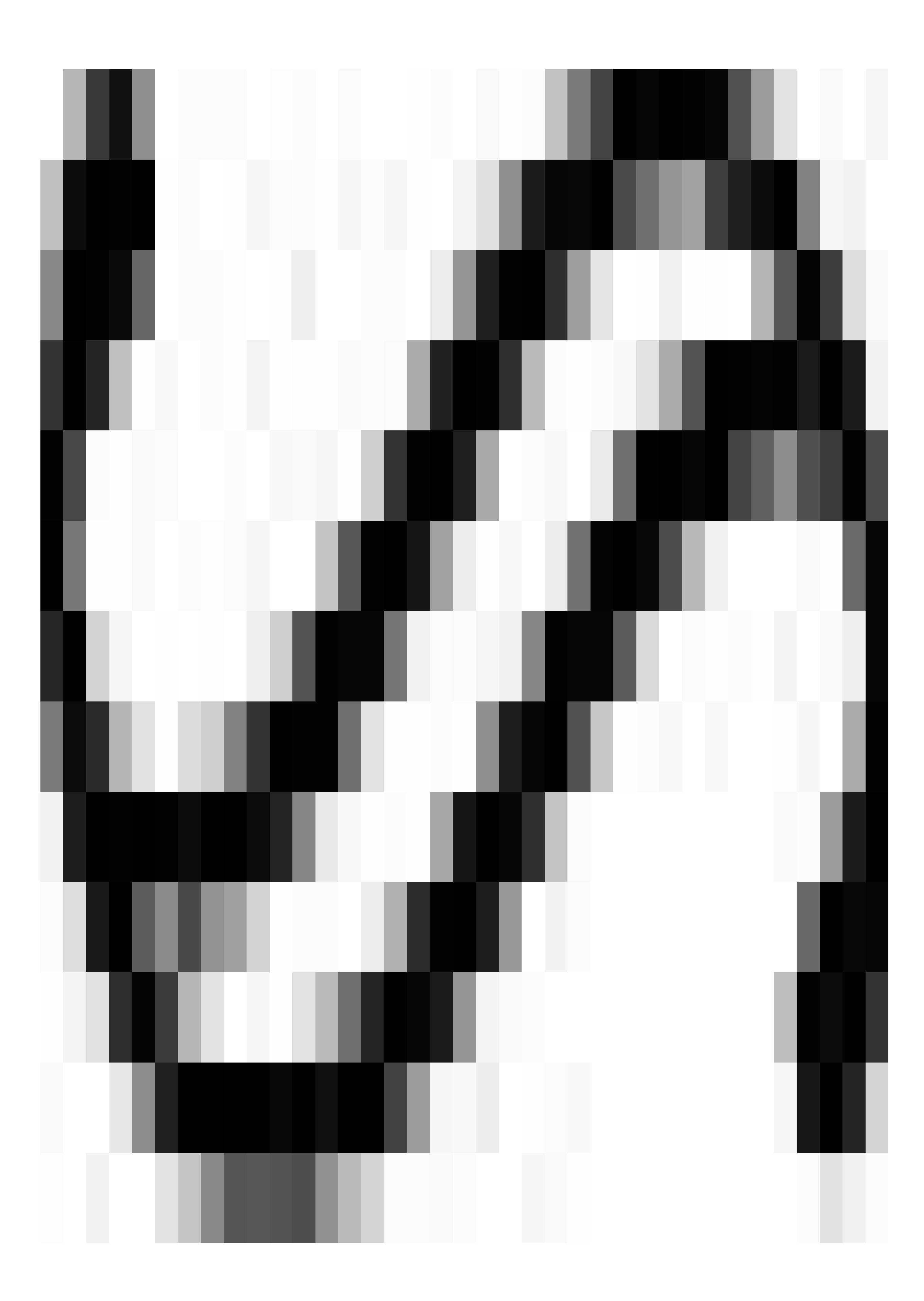
Pregunté si había habido respuesta presidencial a este intercambio, pero nadie pudo entregarme más información al respecto.

Yo recordé, por mi parte, la canción de Los Prisioneros “Nunca quedas mal con nadie”. Siempre pensé que cuando uno trata de no quedar nunca mal con nadie, termina quedando mal con todos.

Entonces, ¿por qué alguien querría, hoy por hoy, ser Presidente de la República de Chile? ¿¡Y dos veces!?

EPÍLOGO

El desenlace de la elección presidencial 2021



Conan es mi candidato

Los que alcanzamos a vivir durante la Guerra Fría aprendimos a hacerlo con miedo al dedo que alguna vez podía “apretar el botón”.

Uno hablaba de “el botón” en singular, pero sabiendo que botones había varios. O al menos dos: uno en poder de EE.UU. y otro en manos de la U.R.S.S. Cualquiera que oprimiera el mentado botón -que uno suponía rojo, redondo y de unos cinco centímetros de diámetro- desataría la Tercera (y última) Guerra Mundial, donde la especie humana perecería, o casi. Tengo amigos que almacenaban comida no perecible y agua en el sótano para tratar de sobrevivir a ese momento.

Pero en 1989 cayó el muro de Berlín y se decretó el fin de la historia y asimismo el triunfo -por abandono- del capitalismo por sobre el socialismo. Con eso, “los botones” perdieron su razón de ser y pasaron de moda las canciones que decían “vivo con el miedo al dedo que alguna vez apretará el botón”.

Pero, como nos hemos dado cuenta ya, la caída del Muro no fue el fin de la historia ni el triunfo del capitalismo por sobre el socialismo. Nuevas teorías políticas, el “postmarxismo”, el “neomarxismo”, emergieron rápidamente, casi en paralelo al desplome de los llamados socialismos reales, y en 30 años parecen haber logrado imponerse en el mundo.

Hay una nueva “Guerra Fría”, sólo que ahora no es ni fría ni convencional, sino que ocurre de manera informática y cibernética. Es una guerra virtual, que ocurre predominantemente en el campo de batalla de las redes sociales. Y también es una guerra bastante sucia.

Así me explico lo que está pasando con nuestra campaña presidencial. Los debates entre candidatos, la interacción entre ellos con los medios de comunicación tradicionales y con las redes sociales se ha vuelto tóxica e inmunda. Mientras más se exponen públicamente, más se ensucian. Como si hubiese múltiples ventiladores del tamaño de molinos de viento lanzando estiércol por doquier, salpicando todo.

Peor aún, ahora no hay uno o dos botones. Hay millones de botones. Cada usuario de una red social es, potencialmente, administrador de un botón nuclear, que puede hacer detonar impunemente, aunque lance armas prohibidas, como injurias, calumnias o fake news cuando se le dé la gana.

Eso ya ocurrió en nuestra actual carrera presidencial, donde todos los candidatos (sí, también la candidata) fueron alcanzados por la radiación de las detonaciones mediáticas en su contra.

Ya sé lo que están pensando. Que me di toda esta vuelta sólo para hacer el punto que es sabido que los únicos seres vivos que logran sobrevivir a una guerra nuclear (como la que se vive en la carrera presidencial chilena) son las cucarachas, como se comprobó en Hiroshima y Nagasaki. Y que mi tesis será que los candidatos que queden en pie serán los peores de todos, los más rastreros e irrelevantes.

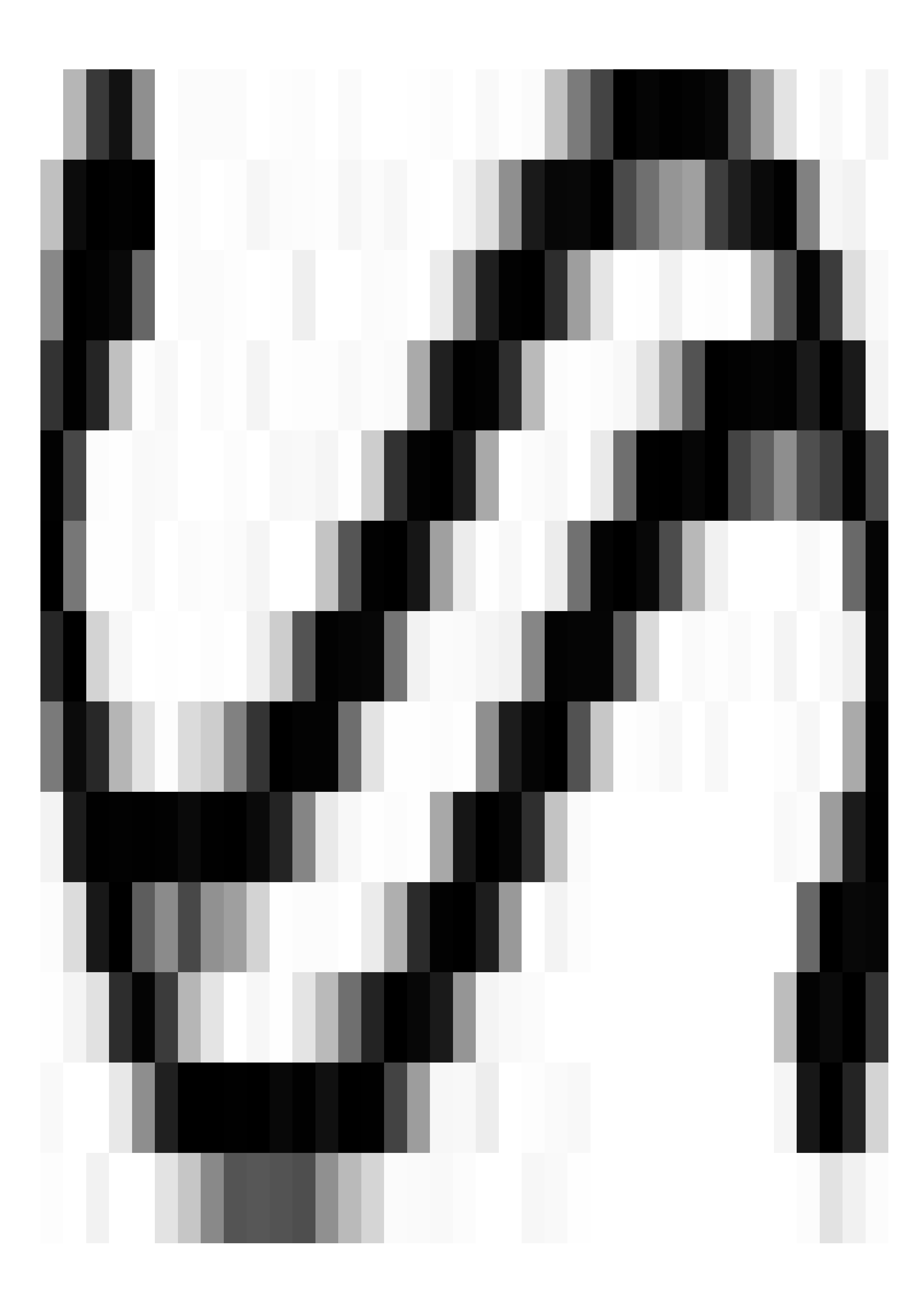
Bueno, se equivocan. No voy a decirles que me decepciona esa mente oscura que tienen, porque yo soy igual a ustedes, pero esta vez no es esa mi opinión.

Es que la ciencia ha descubierto que hay otros organismos que son capaces de sobrevivir un bombardeo atómico. Son varios, pero mi favorita es la bacteria bautizada como “Conan” (Deinococcus radiodurans). Puede sobrevivir el frío, la acidez, la deshidratación y hasta el vacío. Y escuchen esto: es capaz de reparar su ADN dañado.

Lo que quiero decir es que nuestro país necesita elegir a alguien que nos gobierne. Eso ocurrirá el 21 de noviembre y luego el 19 de diciembre si hay segunda vuelta. Los candidatos que tengan más aguante, más resiliencia, que logren soportar la lluvia ácida, la ley del hielo y el fuego cruzado y amigo, serán vistos por la ciudadanía como nuestros Conan, y elegirán al que parezca que pueda administrar con más decencia y sensatez el país. Para buscar el bienestar de la mayor cantidad posible de compatriotas. Conan es mi candidato.

Y nunca lo olviden. Las elecciones siempre se ganan por el centro.

ANEXO



El ranking de los políticos que con más ganas soñaron, quisieron o buscaron ser Presidente de Chile, desde 1989 a la fecha. Algunos llegaron a la papeleta electoral y otros se quedaron en el camino. Pero de querer… querían.

Ricardo Lagos

Número de intentos: 6 (2017, 2009, 2005, 1999, 1993, 1989)

Sebastián Piñera

Número de intentos: 5 (2017, 2009, 2005, 1999, 1993)

Marco Enríquez-Ominami

Número de intentos: 4 (2021, 2017, 2013, 2009)

Eduardo Frei Ruiz Tagle

Número de intentos: 4 (2009, 2005, 1993, 1989)

Joaquín Lavín

Número de intentos: 4 (2021, 2009, 2005, 1999)

Eduardo Artés

Número de intentos: 3 (2021, 2017, 2009)

Tomás Hirsch

Número de intentos: 3 (2009, 2005, 1999)

José Antonio Kast

Número de intentos: 3 (2021, 2017, 2009)

Evelyn Matthei

Número de intentos: 3 (2013, 2009, 1993)

Franco Parisi

Número de intentos: 3 (2021, 2017, 2013)

Alejandro Navarro

Número de intentos: 2 (2017, 2009)

Sebastián Sichel

Número de intentos: 2 (2021, 2017)

Marcel Claude

Número de intentos: 2 (2017, 2013)

Tomás Jocelyn-Holt

Número de intentos: 2 (2017, 2013)

Michelle Bachelet

Número de intentos: 2 (2013, 2005)

José Antonio Gómez

Número de intentos: 2 (2013, 2009)

Pablo Longueira

Número de intentos: 2 (2013, 2009)

Andrés Allamand

Número de intentos: 2 (2013, 2009)

Soledad Alvear

Número de intentos: 2 (2009, 2005)

Pamela Jiles

Número de intentos: 2 (2021, 2009)

Andrés Zaldívar

Número de intentos: 2 (1999, 1989)

Este libro está dedicado a mis queridas alumnas y alumnos de los talleres de Arquitectura de una columna de opinión, Redacción Persuasiva, Escribir con Poder, etc…, en gratitud por todo lo que me enseñaron.

María Salvadora Abad

Carlos Abogabir

Esteban Acevedo

Lionel Acuña

Tamara Agnic

Ariel Aguilar

Mayorline Aguilera

Héctor Francisco Albornoz

Inés Albornoz

Jaime Ale

Andrea Almuna

Aldo Amadori

María Inés Amenábar

Patricia Arancibia

Marcela Aravena

Rosario Arechavala

Javier Arriagada

Ignacio Arteaga

Felipe Ávila

Teresa Aya

Claudia Azócar

Branislav Babaic

Felipe Bahamondes

Mauricio Balbontín

Marcos Balmaceda

Saverio Banchini

Santiago Baraona

Carlos Barría

Andrés Barriga

Pía Barros

Alejandro Battoccio

Javiera Bellolio

Lydia Bendersky

Alberto Bengoechea

Manuel Bengolea

Claudio Berndt

Fernando Bertrán

Cristina Bitar

María Paz Bloomfield

María José Bosch

Carlo Bown

Henry Boys

Juan Braun

José Alberto Bravo

Patricia Bravo

Marcelo Brito

María Magdalena Brzovic

Blanca Bustamante

Catalina Cabello

Verónica Campino

Ramón Cañas

Jorge Carey

Susana Carey

Andrés Cargill

Amparo Carmona

Diego Carrasco

Camila Carreño

Gonzalo Castro

Rafael Caviedes

Arturo Cerda

Francisco Cerda

Rubén Céspedes

María Cecilia Cifuentes

Jorge Cisternas

Eugenio Claro

Alberto Collados

Gustavo Collados

Venancio Coneupan

Pía Córdova

Cesare Coronata

Alicia Correa

Claudia Correa

Fernanda Correa

Pedro Correa

Joaquín Cortez

Verónica Cousiño

Rubén Covarrubias

Isabel Margarita Cox

Teresa Cremaschi

Cristóbal Cruz

Emilio Cuevas

Carolina de Aguirre

Pablo de Goyenechea

Isabel de Gregorio

Gonzalo de la Carrera

Javiera de la Cerda

Jorge del Puerto

Andrés del Sante

Carmen del Villar

Fernanda Demaria

Jacqueline Deutsch

William Díaz

Verónica Díaz

Paulina Dittborn

Mercedes Ducci

Luis Echavarri

José Manuel Edwards

Patricia Ehlers

Magdalena Engel

Soledad Errázuriz

Cristina Errázuriz

Jaime Errázuriz

Margarita María Errázuriz

Eduardo Escaffi

Claudia Escobar

Walter Escribano

Alejandro Espinoza

José María Eyzaguirre

Jorge Fantuzzi

Jennifer Fernández

Hernán Ferreira

Miguel Figueroa

Álvaro Fischer

Cecilia Fontaine

Cristián Frederick

Jorge Fuenzalida

Claudia Gacitúa

Ana María Gálmez

José Antonio Garcés

María Soledad Garcés

Enrique García

Sandra García

Anne Marie Garling

Luis Garreaud

Mónica Gazmuri

Patricia Gonnelle

Jacinto Gorosabel

Antonia Goycolea

Ángela Guevara

Alejandro Guin-Po

Francisco Gutiérrez

Paula Gutiérrez

Pedro Pablo Gutiérrez

Rosita Gutiérrez

Fernanda Guzmán

Francisco Guzmán

Pablo Guzmán

Annemarie Haensgen

Juan Carlos Hayes

Pilar Hernández

Carlos Herrera

Jaime Hidalgo

Eduardo Huidobro

Elisa Ibáñez

Desiree Ibarra

Pedro Iriberry

Julio Isamit

Juan Izquierdo

Liliana Jadue

Jaime Jankelevich

Loreto Jara

Rony Jara

Julio Jaraquemada

María Paz Jaraquemada

Gabriel Jefferies

Gerardo Jofré

Francisca Junemann

Pauline Kantor

Katharina Kastowsky

Alejandrina Karlezi

Nicole Keller

Clio Kipreos

Mayra Kolher

Maren Kruuse

Carlos Kubick

Cristóbal Kubick

Marcos Kulka

Karin Kullmer

Michèle Labbé

Rodrigo Ladevig

María Paz Lagos

Teresa Lagos

Diego Laguna

Carolina Larraín

Florencia Larraín

Francisca Larraín

Isabel Larraín

Víctor Larraguibel

Juan Carlos Larreboure

Roberto Lastrico

Carolina Lathrop

Loreto Lavín

Josefina Lecaros

Felipe Ledermann

Hernán Levy

Marcelo Lewkow

Pilar Lizana

José Antonio Llaneza

María Angélica López

Raúl Madrid

Mario Alfredo Makuc

Rebeca Marchant

María Carolina Mardones

Gonzalo Marín

Iván Marinovic

Pedro Margozzini

Alejandra Martí

Jorge Martínez

Juan Carlos Martínez

Verónica Matte

Francisco Mathews

Lorena Medel

Cristián Millar

Edgardo Mimica

Gonzalo Mingo

Paulina Miranda

José Tomás Montt

Pablo Mora

Juan Pablo Moraga

Claudia Morales

Carolina Moreno

Eugenio Moreno

Francisco Moreno

Josefina Mosso

Alfonso Mujica

Mónica Mullor

Verónica Munita

José Antonio Muñoz

Carolina Neumann

Renate Neumann

Manuel José Noguera

Raúl Novoa

Pablo Obach

Gina Octeau

Magdalena Olea

Juan Luis Orellana

Mariana Orrego

Ángela Ossa

Magdalena Ossandón

Carlos Ottone

Juan Ignacio Ovalle

Paz Ovalle

Jaime Oviedo

Rodrigo Oyarzún

Sebastián Palacios

Claudio Palma

Claudia Papic

Luis Pardo

Viviana Paredes

Verónica Pavez

Carolina Pellegrini

Marisol Peña

Johana Pérez

Edmundo Pérez Yoma

Juan Pablo Phillipi

Virginia Pies

Renzo Poggione

María José Ponce de León

Alfredo Puyol

Maite Rada

Claudia Raggi

Catalina Ramírez

Claudio Ramírez

Pía Ramírez

María Paz Rauch

Carola Ravera

Ubaldo Ravera

Virginiza Rawicz

Antonio Recabarren

Macarena Renard

Drina Rendic

Francisca Rengifo

Alejandro Reppening

Josefina Reutter

Carola Reyes

Mónica Reyes

Michele Rigoli

Felipe Ríos

Danusia Rivas

Manuel Rodríguez

Sergio Rodríguez

Juan Pablo Rojas

Luis Romero

Lilian Ross

José Rosso

Cristián Rubio

Harald Ruckle

Luis Ruz

Gabriel Salas

Felipe Sánchez

María Inés Sánchez

Alejandro Sanhuez

Daniel Sansone

Nicole Sansone

Paula Santa María

Osvaldo Schaerer

Carola Schaub

Paul Schiodtz

Paula Schmidt

Elke Schwarz

Alessandro Sedini

Mara Sedini

Felipe Sepúlveda

Francisca Sepúlveda

María Teresa Sepúlveda

Elena Serrano

Susana Sierra

Cristóbal Sierra

Gonzalo Silva

Sergio Silva

Mónica Singer

Sara Smok

Juan Somavía

Jennifer Soto

Janet Sprohnle

Macarena Suárez

Martín Subercaseux

Josefina Sutil

María Paz Tagle

Josefina Tocornal

Cristián Torrealba

Francisca Torres

Silvia Torres

Jorge Triantafilo

Juan Eduardo Troncoso

Nora Ubeda

Juan José Ugarte

Lily Urdinola

Gonzalo Uriarte

Mikel Uriarte

Hernán Uribe

Eleonora Urrutia

María Paz Urzúa

Manuel Uzal

Cecilia Valdés

Salvador Valdés

Varsovia Valenzuela

Alberto Vergara

María Isabel Vial

Daniella Vial

Carmen Vicuña

Andrew Wallace

Sergio Weinstein

Ivan Wulf

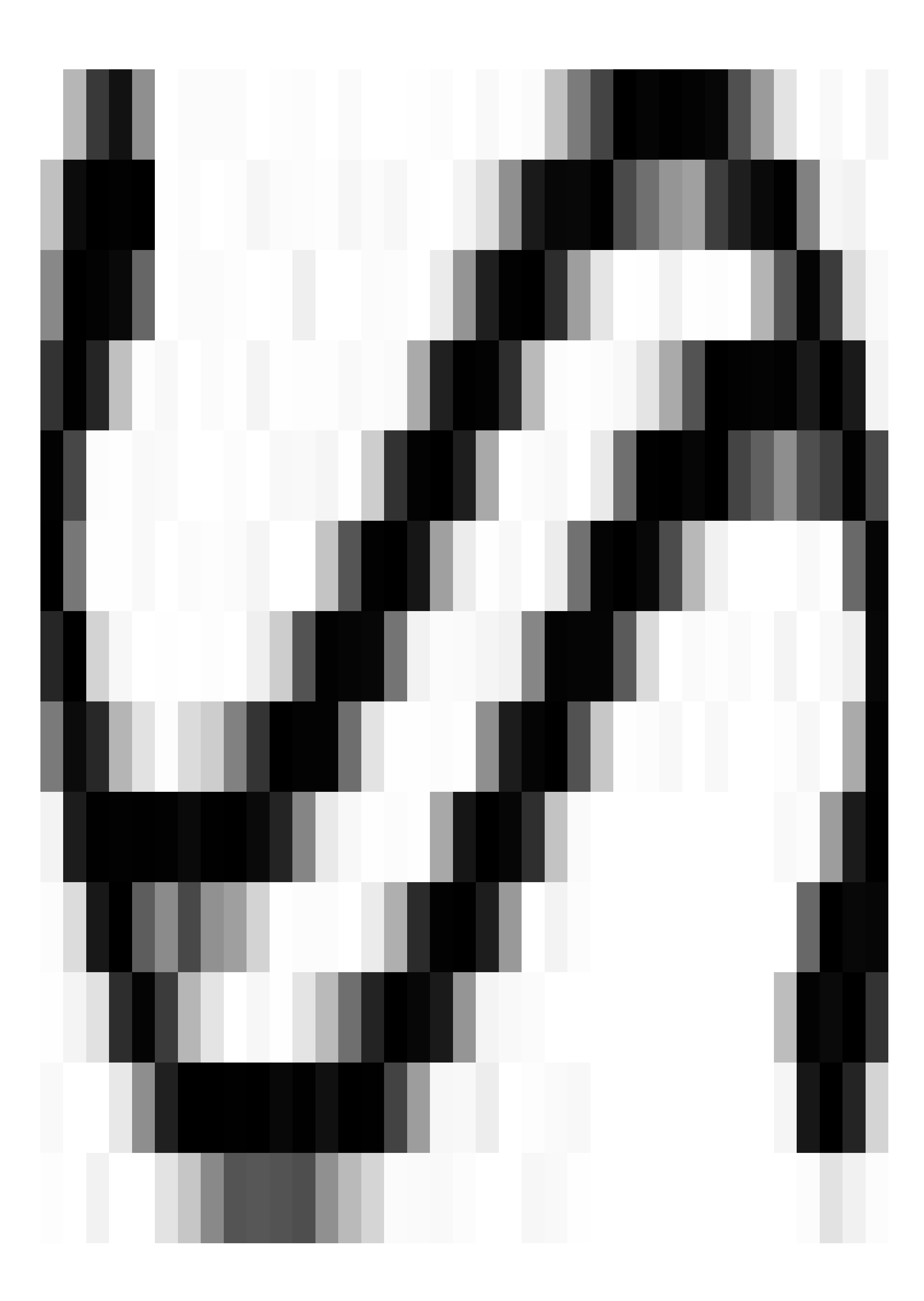
Gustavo Yentzen

Mónica Zalaquett

Amnerys Zamora

Otros títulos de

Ediciones El Líbero



EL ROL DEL GAS NATURA EN LA TRANSICIÓN ENERGÉTICA

CHILE 2020-2050

FELIPE GIVOVICH
JORGE QUIROZ
KLAUS SCHMIDT-HEBBEL

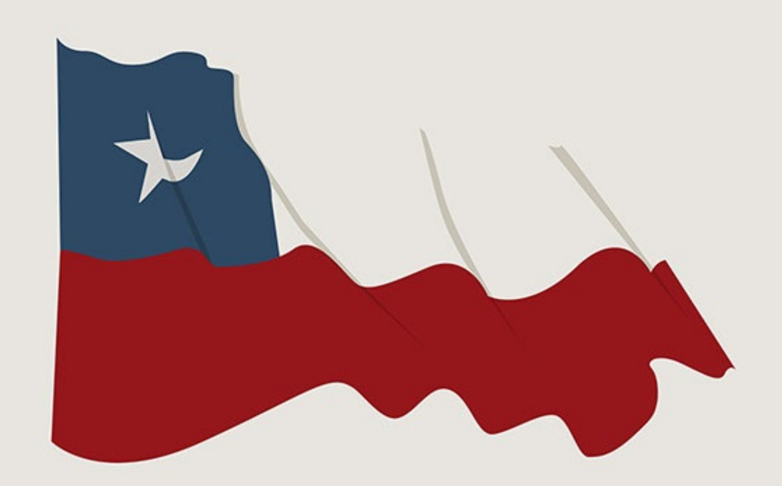
EL LIBRO NEGRO DEL COMUNISMO CHILENO

Mauricio Rojas



ESTADO *de* ALERTA

ENTRE EL MIEDO Y LA ESPERANZA



SERGIO MUÑOZ RIVEROS

